

Recorriendo las tramas institucionales del cuidado: investigación colaborativa en torno al cuerpo y el cuidado

Kipen Esteban, Marmet Marcelo L., Delsart Maria E., Aparicio Vanesa, Suarez María, Florenza Alejandra

Autores: Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos. Almite. Guillermo Brown 54, Paraná, Entre Ríos, Argentina.

Contacto: esteban.kipen@uner.edu.ar

ARK: <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s22504559/k2khuf4ag>

RESUMEN

Este proyecto representa una profundización en la línea investigativa en torno al cuidado y el cuerpo. Esta vez dirigiendo la mirada hacia las tramas institucionales, viendo cómo se tejen los descuidos, así como el gran potencial de los espacios, propuestas y políticas de cuidado. Es una apuesta a seguir investigando de modo colaborativo, participativo y cuidadoso, en la que quienes sostenemos los procesos investigativos somos parte de la escena en cuestión.

Trabajamos inicialmente con el Consejo Provincial del Niño, el Adolescente y la Familia (Copnaf), con trabajadores de tres residencias socio educativas. Más allá de los desafíos que esto implicaba, el atravesamiento innegable de la pandemia COVID-19 nos obligó a repensar acciones y localizaciones. Presentamos lo investigado junto a esos trabajadores y las dificultades en dicho proceso, así como lo investigado en las tramas institucionales del propio equipo universitario. También mantuvimos un espacio de investigación abierto en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER), primero presencial y luego virtual.

En este recorrido aparecieron varios tópicos respecto al cómo y a los modos del cuidado, lo que nos llevó a recorrer dimensiones como el amor-amorosidad, la disponibilidad afectiva, la tensegridad de la trama, los gestos y rituales, así como el poder reconocer en el propio espacio de investigación la posibilidad de explorar formas de cuidado.

Palabras clave: cuerpo; cuidado; cuidado de sí; investigación colaborativa

INTRODUCCIÓN

Cuando nos propusimos constituirnos como equipo de investigación, lo que nos trajo a pensar el cuidado fue una preocupación que surgía de afirmaciones y demandas que habíamos recibido de profesionales y estudiantes, lo que se replicó cuando dialogamos con la Presidenta del Consejo Provincial del Niño, el Adolescente y la Familia (Copnaf) y con trabajadores de espacios de formación y capacitación de la institución. Surgía la demanda sobre el qué hacer, tanto como la necesidad de explicar qué pasa y por qué era tan difícil proponer experiencias que fueran habilitando otros modos de abordar el Cuidado de Sí y del Otro.

Claramente, nuestra preocupación en la conformación como equipo está signada por un espacio que busca integrar la investigación con la extensión en algunos momentos y sin dudas en todo el recorrido con la construcción concreta de espacios de cuidado de sí y de otros, como modo de habilitar la pregunta respecto a esta área temática que nos ocupa.

Este punto intentará explicitar los modos y las preguntas que vienen guiando este proceso de aproximadamente dos años y seis meses. En el proyecto nos preguntamos: ¿Cuáles son los modos en que se construye subjetividad mediante los cuidados y descuidos? ¿Qué marcas y recorridos son rastreables singular y colectivamente? ¿Qué relaciones se producen entre las historias singulares y los contextos institucionales?

Por otra parte, esta pregunta nos llevaba a indagar sobre las repercusiones en la salud y en el cuidado de sí y del otro de muchos profesionales y trabajadores en general que, en el trabajo cotidiano, intervienen próximos al desborde y manifestando una sensación de desprotección. Surge como un resultado de la investigación anterior y de muchas bibliografías trabajadas que quienes ejercen trabajos más ligados al cuidado tienen pocos espacios de cuidado de sí mismos y de reflexión y/o registro en torno a esto. Entonces, indagamos acerca del posible impacto de espacios de cuidados para esa población, y la intersección producida entre las tramas institucionales vigentes y una estrategia de cuidado. ¿Cómo se aloja el cuidar y ser cuidado en el marco de una organización institucional estatal caracterizada por la verticalidad y centralidad? ¿Qué impacto tiene, tanto a nivel singular como grupal o institucional, la circulación por espacios vivenciales de cuidado? ¿En qué medida es que cuidarse-cuidar nos transforma en los modos de ser-estar en similares contextos institucionales?

Asimismo, decimos que el cuidado es un modo relacional que se aprende. En ese sentido, se refuerza para nosotros la posibilidad de preguntar sobre qué implica afirmar que, para poder cuidar, es indispensable visitar, explorar, comprender los modos de cuidado de uno mismo.

RECUPERANDO EL MARCO TEÓRICO

El cuidado en clave de Epimeleia

El cuidado de la vida misma tiene su expresión en diversas dimensiones claramente interrelacionadas: el cuidado de sí, el cuidado del otro y el cuidado del ambiente.(...). El cuidado de sí alcanza al ser humano en su expresión psico-física y espiritual.

Tradicionalmente se ha insistido en la dimensión intelectual como la más valiosa y duradera, pero desde este paradigma el cuerpo recupera protagonismo, en tanto sustrato que posibilita la existencia. El cuidado del otro, que puede ser próximo o distante, muy semejante o muy diferente. La especie humana es gregaria por naturaleza. Desde que llegamos al mundo necesitamos del otro para sobrevivir. Las características individuales básicas de la naturaleza humana sólo se despliegan en la convivencia con otros, a través de la vida en sociedad. Al mismo tiempo no puede desconocerse la existencia de desigualdades que afectan a diversos grupos poblacionales. (Gattino 2013:5)

En este trabajo tomamos la idea del cuidado de sí que nos aportó Foucault y muchos de quienes la retoman y comentan, con el atrevimiento de contextualizarla en un tiempo y espacio diferente, e hibridándola con otras perspectivas. Se trata de intentar utilizar un conocimiento valioso para pensar desde nuestras prácticas con otros, para seguir considerando el cuidado como esencial para el “estar siendo” en el mundo entramado, un modo de estar que es aprendido. Y ese aprendizaje es con otros, en una tensión permanente hacia sí mismo y hacia el entorno, abarcando lo personal y lo colectivo, lo singular y lo político. La necesidad de dirigir la atención hacia uno mismo, de reconocerse como sujeto epistémico portador y generador de conocimiento valioso, es una de las dimensiones de las búsquedas no solo teóricas sino praxiológicas del equipo, lo cual se puede mirar en los modos de investigar participativa y vivencialmente, así como en los modos de gestionar el equipo de conducción.

De acuerdo con el pensamiento de Foucault, el tema del cuidado de sí es ético en sí mismo e implica relaciones con los otros. Cuidar de sí es conocerse a sí mismo, ocuparse de sí para que sus pensamientos y acciones, de acuerdo con sus vivencias, conlleven valores adquiridos de su experiencia de vida para cuidar a los otros. Destaca Foucault que el cuidado de sí abarca tres aspectos fundamentales: 1) es una actitud con respecto a sí mismo, a los otros y al mundo 2) es una manera determinada de atención, de mirada (del exterior al interior, prestando atención a lo que se piensa) 3) implica una serie de acciones por las que el sujeto ejerce sobre sí, se hace cargo de sí mismo, se purifica, se transforma (Lanz en Giraldo y Zuluaga, 2013).

El principio fundamental del cuidado de sí implica comprender que uno no puede cuidar de sí sin conocerse, a la vez que, para conocerse, es necesario saber poder cuidar de sí. Y solo quien cuida de sí y se conoce puede adentrarse en el cuidado, en el conocimiento de otros.

Se da con ello una relación de reciprocidad y complementariedad entre ambos conceptos, el cuidado de sí, la inquietud de sí, la *epiméleiaheautoû* y el “conócete a ti mismo”, el *gnosis seauton*. Foucault dirá que el “conocimiento de sí” es un paso en el “cuidado de sí”, y que dicho cuidado encontrará su realización en el autoconocimiento.

Así el cuidado de sí se reconoce como un acto ético en sí mismo, sustentado en el reconocimiento de la libertad individual. A la vez, implica complejas y dinámicas relaciones con otros, en la medida en que cada sujeto cuida de sí, se ocupa de sí, y desde ese profundo conocimiento para consigo mismo puede llevar adelante actos para ocuparse y cuidar de otros.

Mirando al cuidado en clave de género: recorriendo algunas posibilidades y disputas actuales

Surge la necesidad de explicitar los recorridos de autores que trabajan el concepto de cuidado, al tiempo que marcar algunos puntos claves que consideramos amplían la mirada sobre el cuidado y los alcances que este concepto puede tener al mirar las instituciones y pensar políticas del cuidado, en el sentido de aportar dimensiones diferentes a las que sostenemos como centrales.

El cuidado y la organización de la sociedad

Siguiendo a Faur (2014), es importante tensionar el impacto del cuidado en el diseño de las políticas públicas, y cómo el Estado se ocupa (o no) de las cuestiones derivadas de cuidado; pensar al cuidado como elemento central del bienestar humano, como actividad vital, en términos más genéricos. Al adentrarse en el análisis de las sociedades occidentales contemporáneas, reconoce al cuidado como entramado social, como organización social y política con anclaje en la tensión sujeto/estructura, haciendo una lectura del mismo desde un enfoque de género. Se presupone que el Estado cumple un rol central en este entramado, ya que oficia como proveedor y regulador al mismo tiempo.

Es necesario comprender la distinción que ha operado en el mundo occidental entre lo público y lo privado, y su respectiva identificación con lo masculino y lo femenino, que ha sido justificada con argumentos basados en la naturaleza, ubicando la revolución industrial y las modificaciones producidas a

partir de ésta como un momento clave para ello. De esta manera, la dicotomía “varón proveedor/mujer ama de casa” se fue consolidando y sentando las bases de determinada economía social y política. Esta “maternalización” de las mujeres se filtró en instituciones, prácticas y representaciones sociales durante largo tiempo, siendo así que el cuidado, como actividad, se fue asociando socialmente a las características de ser femenino y maternal. Al mismo tiempo, fue consolidándose uno de los nudos críticos de la construcción social del género, avalado por un determinado modelo de familia nuclear, monógama, legalmente constituida, heterosexual y para toda la vida.

En la contemporaneidad, a partir de las transformaciones producidas en las configuraciones familiares, entre otras cuestiones vinculadas al ingreso de las mujeres de manera más masiva al mundo laboral, el cuidado se torna un campo en el que las nuevas realidades subjetivas, sociales y familiares se conjugan con viejas prácticas y representaciones que permean tanto a sujetos como a las políticas e instituciones sociales. La pregunta de Faur frente a esto es: ¿En qué medida el Estado se adaptó a estas nuevas necesidades?

Su hipótesis central es que, en Argentina, la organización social del cuidado infantil refleja y reproduce desigualdades de clase entre mujeres e infancias, y que hoy en día las políticas públicas descansan sobre los malabares que cotidianamente realizan las mujeres para resolver estas cuestiones. El campo de las políticas de cuidado se encuentra aún en construcción, pero en las políticas ya existentes se sigue imprimiendo un carácter maternalista, como factor anacrónico y discriminatorio, que va en la línea de la compensación económica del tiempo de madres destinado al cuidado familiar. En este sentido, procurar el acceso a servicios de cuidado gratuitos, no relegando esta demanda al plano de lo privado, constituye un mecanismo central para que las familias logren equilibrar de una forma estable los tiempos y espacios del trabajo y los del ámbito y las dinámicas familiares, con mayor independencia del poder adquisitivo, frente a este escenario fragmentado y heterogéneo de instituciones de cuidado. El diagnóstico actual es de falta de cobertura y de disparidad de acceso. Lo que encontramos es una configuración híbrida de diferentes modelos. El eje constante es que la organización social del cuidado de la niñez sigue siendo sostenido por las mujeres.

Como desafío, plantea Faur, será necesario comenzar por implementar un plan integral, teniendo en cuenta como principios rectores: la integralidad de las políticas, la universalidad de sus coberturas, la igualdad del acceso al derecho, la mirada articulada entre los intereses.

La potencia y los límites de conceptualizar el cuidado. A propósito de las reflexiones de Batthyány y Aguirre

Seguimos conceptualizando el cuidado, sobre todo a sabiendas de su polisemia y de que, al proponer sentidos a los conceptos, estos generan una materialidad que se va transfiriendo en prácticas, discursos, modos de mirar, modos de hacer, modos de sentir emocionalmente el mundo que vivimos, modos de políticas, reclamos, modos de gestión de la potencia y también de politización de los malestares.

Tematizar el cuidado es una tarea aún más sensible que tematizar el bienestar social y los modos de la política que lo desarrolla, sobre todo porque la idea de bienestar social surge atada a la figura del Estado (y a un modo patriarcal de este), y consideramos que el cuidado antecede y excede como dimensión de la vida a las prácticas que lo plasman. Sin duda antecede y excede largamente al Estado y al patriarcado. Por esto, pensamos que el mismo tiene un potencial transformador muy fuerte y central en los modos de pensar la política y no solo las políticas. En este sentido, hablar del cuidado es volver a poner en el centro de la reflexión la vida y no al individuo moderno.

Si tomamos una definición que Batthyány (2015) hace del cuidado, aun aclarando que es un intento de abarcar la complejidad y que la misma no tiene consenso, dice:

El cuidado designa la acción de ayudar a un niño, niña o a una persona dependiente en el desarrollo y

el bienestar de su vida cotidiana. Engloba, por tanto, hacerse cargo del cuidado material, que implica un “trabajo”, del cuidado económico, que implica un “costo económico”, y del cuidado psicológico, que implica un “vínculo afectivo, emotivo, sentimental”. El cuidado puede ser realizado de manera honoraria o benéfica por parientes, en el contexto familiar, o puede ser realizado de manera remunerada en el marco o no de la familia. La naturaleza de la actividad variará según se realice o no dentro de la familia y, también, de acuerdo a si se trata o no de una tarea remunerada. (Batthyány, 2015:25)

A

Al mismo tiempo, resonamos y acordamos –haciendo esta salvedad que remite a cómo se da esto en las disputas dentro del Estado y el capitalismo moderno– con la problematización que la autora hace acerca de la feminización, la subalternidad y la mercantilización que tienen hoy en día las tareas de cuidado, y cómo, en clave de responsabilidad pública, el Estado es un ausente en este plano.

Esta ausencia del Estado tiene consecuencias materiales concretas.

Así por ejemplo, cuando pensamos en las condiciones de elección personal frente al cuidar, no es lo mismo plantearnos que “podríamos elegir no cuidar” o problematizar en qué condiciones y por qué cuidamos, entendiendo que podemos correr el riesgo de pensar al cuidado como una responsabilidad individual y lineal. Esta segunda mirada podríamos formularla como “elegir los modos de cuidar y cuidarnos”. Ya que muchas veces el cuidado es a costa del descuido personal y esta no es una ecuación válida (si naturalizada y cristalizada en el Estado patriarcal). En la perspectiva del equipo, esta relación no sería de cuidado aunque siga siendo de atención o de tratamiento.

Si podemos pensar en la posibilidad de que “elegimos cuidar”, reproduciremos lo que nos distancia de una condición esencial a la vida –en términos de lo planteado por Boff (2002)– y en esa misma lógica podremos admitir que muchos varones fueron criados en esa lógica, al punto que nos parece un hecho que “podemos elegir no cuidar”. De este modo, reconocemos como posibilidad explicitar que en la consigna “elegir no cuidar” se da la posibilidad de rechazar, visibilizar y denunciar el mandato patriarcal de identificar a las mujeres con el cuidado y con la esfera de lo íntimo, pero también da lugar a que nos corramos de la condición de cuidar (de nosotres y de otras) y ser cuidado, y poder dar la discusión de los modos y las condiciones en que se debe dar este cuidado y qué ayudas necesitamos para que esto suceda.

En un taller, una intervención traía este relato:

En mi experiencia retomar la dimensión del “cuidado de mí y de otras” me trajo la posibilidad de volver a contactar con otro modo de ver el mundo. Como varón, alejado en mi biografía de muchas prácticas y condiciones del cuidar, reconozco el doble esfuerzo que me cuesta “decidir cuidar”, “decidir estar”, “decidir cuidarme”. (Relato a partir de una vivencia de taller.)

De todos modos, respecto a la necesidad de que el Estado se ocupe de acciones o tareas de la atención y sostenimiento de las condiciones de vida, esta es hoy una lucha de mucha potencia.

Batthyány (2015) recupera cuatro dimensiones en las que podemos pensar las políticas del cuidado como un horizonte integral, enunciando la tensión Estado-mercado-familias-comunidad. Dialogando con esta idea, nos parece que no podemos perder de vista la dimensión de lo comunitario. En este tiempo vienen siendo prolíficas las búsquedas por hacer que los Estados se responsabilicen en clave de sus políticas, pero al mismo tiempo debemos reconocer que el Estado moderno y sus instituciones (al menos por ahora) son por definición lugares de descuido, ya que en su origen y conformación surgen como un modo de dominación y monopolio de la fuerza, y, por otro lado, reproducen la estructura patriarcal de un modo capitalista que basa su producción en la extracción y mercantilización de los cuerpos.

Volvemos a resaltar que necesitamos poner lo comunitario al centro, como espacio de visibilidad de las tramas, como espacio que disuelve por momentos lo privado y lo público y nos inscribe en otras lógicas de producción de vínculos y cuidados.

Otro punto importante de subrayar respecto a la conceptualización que propone Batthyány es que, al plantear el cuidado como una acción de subordinación, como una relación siempre asimétrica y de-

pendiente, perdemos espacios, lugares y modos de habitar el cuidado de sí y de otros, que tienen un potencial transformador de la trama de relaciones humanas y con la vida como eje de nuestro modo de estar siendo en el mundo.

Proponer el cuidado como un modo de ser-estar en el mundo habilita a una potencia que nos permite pensar relaciones no desiguales como horizonte de sentido, más allá de las necesidades singulares que cada uno tenga. Podemos cuidar-nos también desde la potencia.

Recuperando a Tronto y Gilligan

Tronto (2013) plantea una visión mucho más amplia del cuidado. Sostiene que, al hablar de cuidado, muchos piensan que se trata de una serie de actividades o de tareas, pero que es mucho más que eso: es una lente a través de la cual vemos el mundo, que está en todos lados, y que es necesario observarlo desde distintos ángulos.

Frente a la pregunta de qué es el cuidado, Fisher y Tronto (1990) sostienen que:

En el nivel más general, sugerimos que el cuidado se vea como una actividad de la especie. Eso incluye todo lo que hacemos para reparar, mantener y continuar nuestro mundo, de modo tal que lo podamos habitar de la mejor manera posible. Ese mundo incluye nuestro cuerpo, nuestro ser, nuestro ambiente, todo lo que buscamos entretener en una compleja red que sostiene la vida. (p 42)

En este sentido, Tronto habla de que el cuidado involucra relaciones de interdependencia, en tanto quienes brindan cuidados son también quienes los reciben en otro momento. El cuidado se rige por formas complejas de las sociedades humanas, que hacen que siempre sea dinámico. Pensarlo de este modo nos lleva a correrlo del lugar de constituirse como una cuestión meramente técnica, es decir, conlleva pensar que el cuidado debe ser pensado desde una dimensión ética.

La autora plantea cuatro fases del cuidado: primero, reconocer e identificar que algo requiere cuidado; segundo, “cuidar a”, que requiere de la intención y disposición de alguien para cuidar; tercero, “dar cuidados”, que es el trabajo físico de proveer cuidado; y cuarto, “recibir cuidado” (Tronto, 1990). Posteriormente anexa una quinta fase, que es la de “cuidar con” (Tronto, 2016). Cada una de estas, va a decir, se corresponde con una cualidad moral, respectivamente: atención, responsabilidad, competencia, reciprocidad, confianza y solidaridad.

La autora plantea que quienes están obligados a cuidar, en general, son mujeres, y, específicamente, mujeres en situación de pobreza o mujeres negras. Para trabajar esto retoma a Glenn y más adelante a Wareness, quien ensaya distintas respuestas en torno a la relación cuidado/servicio. Una de ellas es que esto no se da de manera natural, si no en relación a cómo se estructuran las sociedades occidentales, y que esto tiene que ver con las modalidades de ejercicio de poder construidas, a partir de las cuales el hombre dispone de privilegios que las mujeres no. En este sentido, acordamos en que no es igual el modo de pensar en el cuidado en las sociedades del “norte global”, como les llama, que en otras sociedades que se estructuran de manera diferente, como las latinoamericanas.

El planteo nos propone bases para pensar contextos más amplios que solo demandar decisiones (políticas) del Estado. Inclusive brinda argumentos para repensar las demandas y modalidades de las políticas y de los lugares del cuidado. Pensar el cuidado como valor global en clave de la ética del cuidado invita a repensar fuertemente las relaciones sociales y a tener precaución de que aquello que demandamos como instancias estratégicas de transición no contradiga nuestros horizontes de sentido.

Ética del cuidado y responsabilidad

Organizar una sociedad en torno al cuidado cambia la lógica de cómo esa sociedad funciona; cambia el registro ético. Tomando la distinción de Gilligan (1993), vivimos en función de éticas de la justicia, donde el nivel de involucramiento es si “me toca o no me toca” (y sobre todo si pueden exigírmelo externamente), dando como resultado que muchos puedan correrse impunemente de la responsabilidad

de cuidar, sea el Estado, los lazos comunitarios debilitados por el capitalismo, los varones en general, o aquellos que, por considerarse más importantes, se dispensan de cuidar. Pensar en una ética del cuidado, de la responsabilidad, que parte de los vínculos y el apego, hace ineludibles la preocupación, la responsabilidad y las acciones del cuidar como modo de estar en el mundo. Cabe subrayar que esta tarea no es un mandato unívoco y direccional respecto a los modos en cómo esto se debe dar, porque en esa misma ética se construye una trama de reciprocidades que la ética de la justicia no provee.

Un primer punto que merece que nos detengamos es esta distinción que hace Tronto (citando a Gilligan, 1982) respecto a las éticas del cuidado, como una diferencia de formas y no de género. Poder trascender la esencialización y biologización de estas relaciones abre a pensar en posibilidades concretas, a pensar las relaciones sociales en esta clave. De este modo también se pueden reconocer los efectos de las éticas de la justicia en la división de los trabajos de cuidado.

Para cuidar, dice Tronto (2013), necesitamos tiempos y recursos. Es ineludible esta condición que no aparece hoy en cómo el Estado y las personas toman las tareas del cuidado en clave de la organización social. Esto sucede de distintos modos en diferentes situaciones y contextos, pero reproduce la misma lógica. En situaciones de pobreza, donde si no cuida la familia pareciera que no hay alternativas, se ve claramente la feminización del cuidado y la ausencia de políticas que provean los recursos, tiempos y apoyos necesarios para traer dignidad a situaciones de cuidado espaciales, sin mencionar aquellos cuidados cotidianos que tienen que ver con el sostenimiento de la vida. Por otra parte, por ejemplo, en clases medias trabajadoras donde podría haber un acceso, aunque restringido, a ciertos recursos, la vida se torna alienante en clave de tiempos y depositaciones lineales de las responsabilidades, pensando la condición del tiempo para el cuidado. Más todavía si pensamos que es necesario un tiempo para el Cuidado de Sí como condición para la calidad de los cuidados y, sobre todo, para no cambiar la propia salud-bienestar por la salud-bienestar de aquellos a quienes cuidamos.

Otra afirmación que trae Tronto (2017) y que merece ser pensada es que cuidar es una práctica y, como tal se aprende, se practica. Cuidar-nos define un modo de ser y estar en el mundo, y en nuestras formas culturales aprendidas. También somos formados en lógicas del descuido, de la competencia y de la violencia. De este modo, pensar en políticas del cuidado nos pone en un abanico amplio que desborda las necesarias políticas que garanticen que el Estado provea apoyos a tareas de cuidado y se responsabilice de cuidar a quienes forman parte de él. Pensar políticas del cuidado en este punto es atacar abiertamente la competitividad y la violencia, que constituyen la violencia estatal, y cómo se materializa esta en las organizaciones institucionales del Estado, para generar condiciones que permitan relaciones en un marco de cuidado.

También resulta valorable el esfuerzo que la autora hace para integrar diferentes miradas sobre el cuidado, diferentes autores, y tejerlos desde la potencia que cada uno trae. De todos modos, hay intentos que contradicen la premisa inicial, por ejemplo cuando cita a McCrary (2018), que habla de “buenos” o “malos” cuidados, se aparta de una conceptualización amplia. Si es malo el cuidado, ¿seguiría siendo cuidado? A nuestro entender, puede ser una tarea, atención, un servicio mal dado, una reacción culposa a un mandato, pero sin dudas que se aparta de lo que podemos llamar cuidado.

En otro momento, retoma el cuidado en clave del afecto y se pregunta si es posible un cuidado que no contenga la dimensión del afecto (Duffy, 2011), tanto en clave de amorosidad como en la de mutua afectación, donde nuevamente vemos que, desde los recorridos que venimos haciendo como equipo, la dimensión del afecto y la amorosidad se advierten como constitutivas del cuidado de sí y de los otros.

También consideramos importante detenernos en ver el cuidado en su potencia política y el potencial transformador del enfoque de la política que puede traer el concepto, en tanto todo cuidado se trata del poder. Tronto sostiene: “la amplitud que le demos al concepto va a depender de aquello que queremos lograr con el mismo”(2017:87). Desde ahí retoma muchas otras conceptualizaciones, pero en este sentido consideramos que, si recortamos mucho la amplitud del concepto, podemos perder el

horizonte transformador del mismo tras demandas coyunturales. En este sentido, una posibilidad que venimos explorando desde el equipo es poder adjetivar el concepto como estrategia para no perder el horizonte de amplitud en la conceptualización. Por tanto, vemos que las políticas del cuidado no deberían ser pensadas como una dimensión más de las políticas, sino como un modo de mirar y estructurar las políticas. Del mismo modo, no son las mismas necesidades, responsabilidades y demandas cuando pensamos apoyos o hacedores de prácticas de atención en el cuidado de niños, ancianos o personas con discapacidad, que cuando pensamos en políticas y demandas de cuidados y espacios de cuidado en relación a los modos de habitar las instituciones y lugares de trabajo, que cuando demandamos espacios, políticas y tiempos para el cuidado de sí (como condición para los otros cuidados) en clave de la trama de vínculos y relaciones de la vida cotidiana de la sociedad en general.

Por último, es de destacar cómo considera Tronto (2013) el poder en las relaciones de cuidado, dónde problematiza el tema. Si bien en alguna dimensión hay siempre una asimetría de poder entre quien cuida y quien es el que recibe cuidados, por otra parte la trama de colaboración en una democracia del cuidado implica que, pese a las asimetrías de calificación y competencias para ciertos cuidados y la disparidad en las necesidades que cada uno requiere en términos de cuidar su vida, si todos damos y recibimos cuidados, hay una circulación del poder y del dar y recibir que se retroalimenta en “la trama del cuidado”, en donde las transacciones no serán término a término (en clave neoliberal o capitalista), donde “doy cuidado” y esa misma persona me brinda cuidados o una compensación por la misma, sino que yo brindo cuidados y por otro lado recibo lo que necesito. Esto implica pensar el poder y las necesidades desde otras perspectivas que superen la mercantilización de las mismas, las responsabilizaciones y los mandatos lineales respecto al cuidado. Sobre todo, es necesario entender que alguien que decide cuidar en función del vínculo y la responsabilidad asumida respecto a otro, no necesariamente decide hacerlo en soledad y sin una red de contención, que debe estar garantizada para poder decidir cómo cuidar.

El cuidado en el estar siendo con otros

En nuestro equipo de investigación, cuando comenzamos a preguntarnos por el cuidado y al relevar los trabajos en esta área, reconocemos que la temática del cuidado y de los estudios del cuerpo y las emociones ha tenido un creciente reconocimiento académico en los últimos años. Sobre todo desde la posibilidad de pensarse más allá del cuidar al otro, en un sentido unidireccional que daba por descontada y naturalizada la corporalidad y el cuidado de quienes cuidan. Esto genera, por un lado, un creciente campo de intervenciones y algunas investigaciones y, por otro, una gran área de vacancia que pone en tensión no sólo la temática, sino también a los modos de abordarlas.

Cómo retoma Angelino (2014), el mayor desarrollo que han tenido los estudios respecto al cuidado se han dado en el campo de la enfermería y de las preocupaciones éticas en torno al oficio de cuidar, lo cual circunscribe a la mayoría de las mismas a los procesos de salud-enfermedad-atención, y sobre todo al cuidado de personas enfermas o dependientes, y no de quienes cuidan, o al cuidado de sí.

Entendemos que nuestra preocupación y ocupación por el cuidado debe implicar un análisis y comprensión del concepto en términos teóricos, en cuanto producción epocal y discursiva, que como tal provoca prácticas y nuevos discursos. Por tanto, consideramos que es muy importante retomar la conceptualización del cuidado en la mayor amplitud de discursos como sea posible, aun sabiendo que el cuidado permanecerá también en el terreno de lo inaprehensible, no porque no podamos decir nada sobre él, sino porque al acercarnos al concepto, este participa del dinamismo y complejidad de la vida misma. Cuando creemos conocerlo y saber de qué se trata, nos vuelve a sorprender y plantear nuevos desafíos al conocimiento y a la vivencia.

Este abordaje teórico, en relación con otros autores que de algún modo fueron marcando nuestra práctica, es a la vez una indagación y una propuesta de modos de estar en el mundo. Todo hacer tiene un sustrato teórico. Revisar los conceptos amplía y potencia los modos de co-crear el mundo. Ya a una

distancia relativa pero importante del giro lingüístico, no podemos poner en duda la importancia del discurso en la construcción de lo que consideramos “realidad” y cómo los modos de nombrar el mundo lo construyen y lo hacen ser. En este “estar siendo” en el mundo con otros es que recuperamos algunas propuestas que nos han proporcionado la posibilidad de pensar el cuidado y de tomar opciones teóricas y políticas respecto a cómo mirarlo en función de que esta palabra no sea un concepto de moda, sino una herramienta potente para pensarnos con otros.

Este pensar el cuidado es siempre un pensar con otros, con quien cuida y quien es cuidado, sabiendo que esos lugares no son fijos y que la mayoría de quienes fuimos encontrándonos en esta investigación habitamos ambos pases de la relación. Respecto del cuidado, Gattino (2011) propone entenderlo como el resultado de muchos actos pequeños y sutiles, conscientes o inconscientes que no se pueden considerar completamente naturales o sin esfuerzo: “pueden ser provistos de forma remunerada o no remunerada (...) está marcado por la relación de servicio y de preocupación por los otros (...) Representa un conjunto de actos de la vida que tienen por finalidad y por función mantener la vida de los seres vivos para permitirles reproducirse y perpetuar la especie” (Gattino, 2011, p. 9). Más adelante, agrega la necesidad de pensar el cuidado con otros.

El tema de los cuidados no puede ser abordado sin recurrir a los cuidadores y a la identificación de sus responsabilidades respectivas, sean éstas afectivas, morales, jurídicas o todas a la vez. Ello permite considerar, entre otras cosas, al concepto de cuidado inmerso en la geografía de relaciones sociales y de poder. El cuidado pone siempre, en el relieve de dicha geografía, la existencia de un vínculo, de una relación al servicio y en pos de las necesidades y derechos de otro, sea por amor, por compromisos morales o jurídicos. Conlleva acciones, decisiones y recursos para asistir, proteger, amparar, promover, evitar daños, sostenidas en relaciones afectivas o institucionales, remuneradas o no.

Esa condición para estar y seguir estando vivo también la encontramos cuando Boff afirma que “Tenemos la profunda convicción de que el cuidado por ser esencial, no puede ser suprimido.” (2002:75)

Plantea el cuidado como esencial al ser/ir siendo humano, como condición que hace posible la existencia de lo humano. Dice “el cuidado es existencialmente a priori”. Desde la libertad –siempre contextual– de cada sujeto está el poder habitar el cuidado o ir en sentido contrario, donde el descuido puede ser tanto una imposición como una elección, ya sea dentro de los límites de subsistencia o aun eligiendo o transitando la muerte. También nos confronta a pensar el tránsito a la muerte como parte de la vida y, por lo tanto, una posibilidad de habitarla desde el cuidado.

Es claro que la capacidad (en el sentido clásico de potencia) de cuidar, en tanto constitutiva de lo humano, no se pierde, por lo que esto también da una particularidad al enfoque, posibilitando plantear caminos que habiliten esta condición en modo propositivo, positivo, habilitando la capacidad en cada uno, en lugar de enraizar en la queja y en lo que no está y debería estar.

Coincidimos en darle al cuidado el carácter de esencial y, si bien en un primer momento el autor pareciera ponerlo en el orden del esencialismo, que lo vuelve un deber impuesto y con esto un atributo que responde a una carga ineludible, consideramos que no responde al espíritu profundo del texto y que esta interpretación confunde los planos de discurso y contexto en que Boff escribe. El cuidado resulta ser esencial porque es necesario para la continuidad de la vida en la tierra. Entendemos lo esencial como el ir siendo en el mundo con otros. Nos constituimos en la trama de cuidados y descuidos recíprocos. En el devenir de las relaciones, vamos siendo.

Imposible entonces ir siendo sin cuidar y sin ser cuidados, sin asumir el aprender a cuidarnos, a cuidar a otros y a ser cuidados en relaciones significativas y variables. En un sentido profundo, cuidar, cuidarse y ser cuidado sería un camino de autoconocimiento y felicidad, aunque claramente no siempre sea armónico ni sencillo.

Boff (2002, p. 26) profundiza al proponer: “Construir un nuevo ethos que permita una nueva conviven-

cia entre los seres humanos y las demás seres de la comunidad biótica, planetaria y cósmica”.

Esta propuesta de un nuevo ethos¹ responde a un plano de abstracción que nos puede resultar utópico e irrealizable, o por lo menos alejado de las posibilidades concretas de la vida cotidiana de la mayoría. Nuestra lectura es que, si podemos pensarla desprejuiciadamente, no es alejado a la cotidianeidad y tiene diversos y profundos alcances micro políticos, al tiempo que efectos estructurales en tiempos y formas diferentes. No será lo mismo pensar este ethos en una clave más estructural, pensando un cambio total y súbito de la sociedad (lo que sí sería un idealismo), o en clave microfísica o micropolítica. Este ethos (abstracto) puede construirse y a la vez nutrir los modos de cuidado cotidianos: dando sentido, incidiendo en los modos de mirar y construir la realidad, integrando las dimensiones de “lo humano”. Los cuidados o “prácticas de cuidados” representan un plano de concreción, y pueden ir o no en este plano de construcción colectiva. Al distinguir los planos, reconocemos que este ethos provee de sentido y dirección a la acción, pero que no inhibe en lo más mínimo el reconocer que, en la vida cotidiana, las relaciones entre personas e instituciones distan bastante de esto. Por esta razón, las luchas en torno a las desigualdades son parte fundante de esta construcción de sentido.

Tomar el aporte de pensar el cuidado como un enfoque del modo de entender y producir las relaciones, como un horizonte de sentido de cómo pensarse en el ir siendo con otros, no debe implicar una caída en un utopismo banal. El cuidado se produce en una trama de las relaciones sociales, atravesadas –en nuestro mundo actual– por relaciones de desigualdad e injusticia. El modo de producción y reproducción capitalista intenta negar e invisibilizar el cuidado como esencialmente humano, proponiendo en su lugar la competencia y el dominio.

Siguiendo con el planteo de Boff (2002), lo que se opone al desinterés y a la indiferencia es el cuidado. Cuidar es más que un acto; es una actitud. Por lo tanto, abarca más que el momento de atención, de celo y de desvelo. Representa una actitud de ocupación, de preocupación, de responsabilización y de compromiso afectivo con el otro. No solo es una actitud, sino que también plantea un modo de ser de esa actitud: responsable (responde frente a otro o por le otro); hospitalaria (aloja aun en la diferencia y en el disenso); amorosa (no de un romanticismo vacío, sino de encuentro-alteridad-libertad).

No es una actitud formal y totalmente vacía de contenido, sino un modo de estar en el mundo que se expresa simultáneamente en actos o acciones puntuales, contradictorias, complejas, inacabadas. Comprende tanto el cuidado material como el cuidado inmaterial, que implica un vínculo afectivo, emotivo, sentimental. Está basado en lo relacional y no es solamente una relación jurídica establecida por la ley, sino que también involucra emociones que se expresan en las relaciones familiares, al mismo tiempo que contribuye a construir las y mantenerlas.

Entendido como deber para con el prójimo, que llega a transformarse en preocupación debido a la vulnerabilidad de su objeto, el cuidado habla a la vez de un deber moral y legal.

Sin embargo, no dirigir la atención a la dimensión del cuidado de sí y enfatizar en el deber para con los demás puede prestarse a fundamentar un modo de ser y relacionarse cercano a lo que propone de la Aldea (2015) como subjetividad heroica, o Escardó (2016) bajo el nombre de “furor salvandis”.

El Copnaf: profundizando el contexto de nuestra unidad de análisis

Como primera cuestión a destacar, tal como lo planteamos en la propuesta del proyecto, tomamos la decisión de trabajar con el Copnaf de la provincia de Entre Ríos, específicamente, con trabajadores y trabajadoras de las residencias socioeducativas de la localidad de Paraná dependientes del mismo. Esto se debió, por un lado, a partir de una demanda y un reconocimiento explícito por parte de las autoridades de pensar en el cuidado de quienes cuidan. Por otro lado, desde la Facultad de Trabajo Social se tenía contacto con estudiantes realizando sus prácticas académicas y con trabajadores sociales ya graduados

1. Conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter o la identidad de una persona o una comunidad

insertos en dicha institución, con un emergente de grandes descuidos para con quienes realizan su labor en dicho espacio. A continuación realizaremos una contextualización de la institución y de cómo se origina la demanda.

El contexto institucional del Copnaf

El Copnaf es el organismo rector a nivel provincial en el diseño e implementación de políticas vinculadas a la protección, promoción y restitución de derechos de niños, niñas y adolescentes en la provincia de Entre Ríos.

Para el cumplimiento de sus objetivos, cuenta con distintos programas y/o dispositivos orientados a garantizar el pleno goce en el ejercicio de derechos por parte de los niños, niñas y adolescentes destinatarios de su intervención. En ese marco, y de acuerdo a los lineamientos normativos establecidos por la Convención de los Derechos del niño (CDN), la Ley Nacional N° 26.061/ 05 de “Protección integral de los derechos de las niñas, niños y adolescentes” y la Ley Provincial N° 9.861/08 “Protección integral de los derechos del niño, el adolescente y la familia”, se encuadra el trabajo de las Residencias Socio Educativas (RSE).

De acuerdo a lo planteado en los artículos n.º 39, 40 y 41 de la Ley n.º 26.061, el alojamiento en las RSE sólo se podrá llevar adelante en el marco de la adopción de medidas de protección excepcionales dispuestas por el organismo de protección “Sólo en forma excepcional, subsidiaria y por el más breve lapso posible puede recurrirse a una forma convivencial alternativa a la de su grupo familiar, debiéndose propiciar, a través de mecanismos rápidos y ágiles, el regreso de las niñas, niños y adolescentes a su grupo o medio familiar y comunitario.

Por su parte, la Ley Provincial N° 9.861 establece:

MEDIDAS DE PROTECCIÓN DE DERECHOS: Artículo 57- f) Alojamiento transitorio en entidad pública o privada, de carácter provisorio y excepcional hasta el reintegro a su familia de origen o su incorporación a un grupo familiar alternativo. La medida será de duración limitada en el tiempo (...) La institución que los asista deberá respetar y preservar la identidad del niño, ofreciéndole un ambiente de respeto y dignidad, preservar los vínculos familiares o de crianza, evitando desmembrar grupos de hermanos, brindar atención personalizada y en pequeños grupos, (...) no limitar ningún derecho que no sea limitado por decisión judicial, y mantener informado al niño o joven acerca de su situación legal. El tiempo de asistencia en las instituciones no deberá exceder un lapso de seis meses, debiendo justificarse la prolongación de ese tiempo en relación al interés superior del niño.

Las RSE son “dispositivos de cuidado alternativo formal de tipo residencial; es decir, que se trata de instituciones destinadas a brindar acogimiento y cuidado a niñas, niños y adolescentes que se encuentran sin cuidados parentales con eje en la protección de sus derechos”.

En el caso de la provincia de Entre Ríos el Copnaf tiene a su cargo treinta y cuatro RSE, de las cuales diecinueve son de gestión privada y quince públicas, distribuidas en los diecisiete departamentos de la provincia y tipificadas según franja etaria, problemática que atiende, por propuesta institucional.

La ciudad de Paraná cuenta con tres RSE públicas: RSE Mujercitas, destinada a adolescentes mujeres de 12 a 18 años; RSE Ramón Otero, que aloja niños y niñas de 0 a 5 años; y la RSE Amparo Maternal, para niños y niñas de 0 a 2 años. Las RSE son dispositivos de hasta doce plazas que cuentan con equipo directivo (director y vicedirector), equipo técnico y promotores de derechos, que son quienes tienen a su cargo el contacto directo y permanente con los niños, niñas y adolescentes alojados en la institución, organizados a través de un sistema de turnos semanal o mensual.

Generación de la demanda institucional

En el mes de mayo de 2017, surge desde la presidencia del Copnaf la demanda de generar una propuesta institucional con el equipo del proyecto de investigación, orientado a un trabajo en clave de

vivencia con el personal de las RSE de Paraná, a fin de incorporar la dimensión del propio cuidado en relación a la tarea que llevan adelante dentro de los dispositivos institucionales donde se desempeñan. Dicha propuesta incorporaba una arista del trabajo sobre el cuidado que hasta el momento no había sido parte de la agenda institucional del organismo, y que suponía inscribir dentro del diseño de la política pública de niñez y adolescencia provincial propuestas de trabajo con el personal responsable del cuidado de niños, niñas y adolescentes. Es decir, inscribir aquello del orden del cuidado ya no solo hacia otro (niño, niña, adolescente), sino hacia uno mismo como trabajador/a en tanto condición sustantiva para el desarrollo de la tarea, y, por otro lado, ubicar dentro de la agenda de lo público-estatal una propuesta institucional y articulada con la universidad que introduzca vivencias, palabras, sentires y prácticas respecto del cuidar por parte de los operadores del organismo protectorial.

Entre las diferentes estrategias planteadas en 2019, se generaron dos encuentros vivenciales destinados a directivos y equipos profesionales de las tres residencias socioeducativas con el objeto de que, a partir de conocer la propuesta del proyecto, impulsen la participación de los promotores de derechos de cada institución. Asimismo, se llevaron adelante reuniones con directivos, estableciendo acuerdos y compromisos de difusión y convocatoria hacia el personal, facilitando la adecuación de los horarios para que los interesados puedan asistir y el reconocimiento de las horas del taller como horas extras, con parcial impacto en cuanto a asistencia a los talleres y continuidad en el espacio.

Si bien desde la gestión institucional del Copnaf la preocupación por generar una propuesta destinada al trabajo con aquellos que tienen a su cargo tareas de cuidado de niños, niñas y adolescentes ha sido uno de los ejes que se planteó como prioritario, no se ha logrado desde las RSE que la misma pueda ser identificada y alojada como un recurso posible para acompañar el desempeño de la tarea de los promotores y operadores, lo que sí ha sido entendido en experiencias puntuales por parte de los administrativos que han participado de los talleres².

Si bien los distintos actores institucionales consultados coinciden en la importancia de generar propuestas y espacios destinados al cuidado de los que cuidan, y que es la primera vez que dicha temática comienza a ser planteada desde lo institucional, desde una dimensión que reconozca la propia vivencia como parte del cuidado hacia otro, la misma no termina de ser apropiada tanto por parte de los destinatarios directos como tampoco por parte de las líneas medias de directivos y funcionarios responsables de promover su implementación.

En este sentido, la dimensión del cuidado en el ámbito de lo público-estatal, particularmente en el Copnaf, configura un aspecto constitutivo de la tarea del organismo en cuanto a la atención de niños, niñas y adolescentes en situaciones de vulneración de derechos; no obstante, ese cuidado, inscripto en relación a ese otro que es destinatario directo de la acción, no logra alojar al propio cuidado y el cuidado colectivo respecto de la práctica propia de operadores y trabajadores del organismo.

Respecto al contexto, a la unidad de análisis y la unidad de observación

La pandemia por COVID-19 implicó la reorganización de las distintas áreas del Copnaf a fin de dar cumplimiento a las medidas de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) establecidas desde el Gobierno Nacional y con adhesión del Gobierno de la Provincia de Entre Ríos. Esta situación tuvo un impacto directo en las residencias socioeducativas, atento a ser consideradas estas últimas servicios esenciales.

En cuanto a la organización de las tareas, desde el Copnaf se creó la Resolución n.º 278/20 del 27 mayo de 2020, en cuyo art. n.º 2 establece: "Dispóngase que las residencias socio educativas (...) continuarán con la prestación habitual del servicio por ser considerados estos servicios esenciales", en tanto el art. n.º 4 menciona "convocar a los agentes que estimen necesarios a fin de garantizar la prestación

2. Esto será retomado en el apartado de hallazgos respecto a la participación y las resistencias.

de los servicios esenciales de cada área (...) organizando en su caso un sistema de turnos que garantice la correcta circulación de personas y normas de higiene y prevención en observancia del Documento COES ID:DCOES039”.

Sumado a ello, la Circular n.º 2 de la Dirección de Personal del 8 de junio de 2020 plantea que las RSE continuarán con el servicio y horario habitual y que los servicios que por su naturaleza no admitan suspensión o reducción de equipos de trabajo continuarán con tareas habituales.

Lo mencionado anteriormente da cuenta de la particular situación que atravesó de forma cotidiana el trabajo del personal dentro de las RSE del Copnaf desde marzo de 2020 a la fecha, tanto en relación a los trabajadores de las mismas –dado que muchos se encontraron exceptuados de la concurrencia a los espacios de trabajo por estar dentro de los grupos considerados de riesgo por la normativa– como así también en cuanto a la población de niños, niñas y adolescentes alojados transitoriamente en las residencias socioeducativas. Sobre esto último, la tarea implicó la reorganización interna de cada institución, en tanto se debieron establecer protocolos de funcionamiento diario, redefinir pautas para la revinculación familiar o las vinculaciones de guarda con fines adoptivos.

Lo mencionado devino en situaciones de sobrecarga horaria, imposibilidad de generar actividades desde la presencialidad y dificultades para sostener una propuesta de taller desde modalidad virtual (ya sea tanto por no contar con los recursos informáticos como tampoco saber hacer uso de dichas herramientas). Estos emergentes tuvieron un impacto directo y condicionaron las posibilidades de participación del personal en los talleres propuestos desde el proyecto de investigación durante 2020.

Desafíos respecto al trabajo en el contexto estatal-institucional

La apuesta en relación a las actividades realizadas en el marco del proyecto estuvo plantada en la decisión de realizar talleres vivenciales, que han sido el eje vertebrador de nuestra propuesta de investigación.

En primer lugar, se realizó un taller con carácter de obligatoriedad para los trabajadores de la institución, con la intencionalidad de presentar de manera vivencial la propuesta. Este taller generó muchas resistencias por parte de quienes estuvieron allí; incluso hubo quienes plantearon que se quedarían como observadores. Ante la incomodidad que esto generaba, realizamos la aclaración de que los talleres son vivenciales y que la presencia de observadores obstaculizaba este “entrar en vivencia”. Más adelante pudimos repensar dicha convocatoria, comprendiendo que algo de esta reacción estuvo vinculado a cómo fue planteada la misma.

Esto nos fue pintando un primer panorama, tanto de los recaudos que eran necesarios como de las resistencias que posiblemente estuvieran presentes en quienes trabajaban en la institución; aspecto que, consideramos, nos acompañó durante todo el año de trabajo, demandando algunos redireccionamientos en relación a las decisiones del orden de lo metodológico.

A pesar de que la investigación planteaba a los trabajadores del Copnaf como interlocutores para la investigación, los talleres –tal como se planteó en la propuesta del proyecto– se realizaron de manera abierta, llegando al mismo estudiantes de la casa, estudiantes de otras facultades, cuidadores de otros ámbitos y personas que se sintieron convocadas por la propuesta.

Cabe aclarar que comenzamos trabajando sin la aprobación formal del proyecto pero con la autorización de las autoridades de la Facultad, lo cual nos permitió ir conociendo a la institución con la cual trabajaríamos e ir avanzando en la toma de decisiones.

Las herramientas metodológicas a las que recurrimos se decidieron en razón de las posibilidades que tuvimos y a qué redireccionamientos fue necesario realizar a medida que íbamos desarrollando el trabajo de campo. Por ejemplo, no tuvimos tanto desarrollo de bitácoras personales como en el Proyecto de Investigación Novel producido anteriormente, pero sumamos entrevistas desestructuradas y mayor cantidad de grabaciones de los espacios de circulación de la palabra, como insumos de primera mano. Asimismo, comenzamos a grabar las reuniones de equipo para tener un registro de las propias discusiones que se venían dando al interior del equipo.

A lo largo del primer año, se sostuvieron talleres mensuales los segundos viernes de cada mes, con una orientación temática que propusimos en relación a lo que nos parecía oportuno trabajar, que se iba reajustando en función de los emergentes que veníamos recuperando de los talleres anteriores. Asimismo, realizamos talleres de condensación semestrales, destinados a poner en común y producir conocimiento colaborativo, con registros escritos. En la mayoría de los talleres recuperamos registros documentales: producciones singulares, grupales, colectivas; con formato literario, artístico-plástico; así como también grabaciones orales de los momentos donde circulaba la palabra, con previa autorización explícita de les participantes. Dichos registros de experiencias, bitácoras y autoetnografías en todos sus formatos son parte de los insumos para la producción de este informe. Dado el carácter personal e íntimo, no se adjuntan como tales.

Por otra parte, cómo ya se mencionó, se realizaron reuniones con directivos de las residencias, en primer lugar, y posteriormente dos talleres en los cuales se convocó específicamente a estos últimos y a algunos actores en posición de toma de decisiones del Copnaf, a los fines de que se acerquen vivencialmente a la propuesta.

Se llevaron a cabo entrevistas a trabajadoras del Copnaf, con las que se trabajó de manera más íntima, lo cual nos permitió sumar registros desde otro plano, desde la palabra encarnada, que fue receptionada con una escucha activa.

Todas estas instancias, desde lo metodológico, nos permitieron ir enriqueciendo nuestra mirada en relación a las tramas de cuidado en la institución.

ACERCA DE LO METODOLÓGICO

En cuanto a la metodología vivencial y colaborativa, desde el equipo venimos trabajando en este eje desde sus inicios. Sin ser nuestro foco de estudio, aún sigue siendo un campo de exploraciones que nos permite, en la medida en que vamos produciendo las vivencias, lograr nuevas comprensiones y espacios de materialidad de la riqueza de investigar desde estas modalidades.

Buscando rastrear y explicitar los emergentes metodológicos más significativos del actual proceso, proponemos algunas claves que nos permitan recuperarlos como herramientas para esta investigación. Asimismo, es sutil la diferencia entre estos ejes como posibilidades metodológicas respecto a la investigación, y a poder mirar que varias de estas dimensiones constituyen en sí mismas hallazgos temáticos respecto a los modos de cuidar.

La constitución de nuestro grupo en equipo colaborativo

Nos detenemos aquí en el devenir equipo, grupalidad, que además se propuso ser colaborativo. Convocados por una temática que nos afecta y atraviesa en lo singular de modos propios, entendimos la necesidad de ir dándonos espacios-tiempos para constituirnos colectivamente. Tal como aparece en los antecedentes del proyecto, partíamos del registro del descuido personal e institucional. Partíamos también de una convicción de que las disputas de sentido, las búsquedas creativas de nuevas estrategias, quizás nuevas reglas y nuevos hábitos sociales son necesariamente colectivas.

Muchas de nosotres veníamos de la conformación como grupalidad de un proyecto de investigación anterior. Fuimos encontrándonos desde distintas disciplinas, géneros, recorridos y trayectorias personales, tanto laborales como académicas, convocados por otras búsquedas personales, más allá de las profesiones de base, y provenientes todas de espacios –no casualmente– vinculados al cuidado.

Confluimos en un interés y un reconocimiento de la temática como importante, y al espacio universitario como potente. Venimos intentando sostener una apuesta a una metodología colaborativa, como decíamos antes, en todas las instancias del proceso de investigación, con dos características muy particulares. Por un lado, recurriendo a la vivencia como modalidad por excelencia de producir cono-

cimientos, y por otro, partiendo del cuestionamiento de la demarcación tajante sujeto-objeto de investigación, y las premisas de neutralidad, distancia óptima, y objetividad, a partir de la convicción de que no se puede conocer sin afectar y ser afectado, mucho menos cuando se trata de una temática que nos atraviesa en nuestra condición de humanos, como es el cuidado.

Desde el momento de la redacción inicial del proyecto de investigación, cuyos productos compartimos aquí, habitamos indagatoriamente modos de producción en colaboración, y una apelación a una escritura encarnada, que alojara no solo la racionalidad imprescindible sino todo un también imprescindible y múltiple abanico de registros corporales, vivenciales, emotivos, espirituales, etc. Las reuniones del equipo de coordinación permitieron ir construyendo encuentros y desencuentros, búsquedas teóricas y afectaciones recíprocas. La tecnología nos habilitó a recurrir a herramientas que nos permitían “encontrarnos” de otras maneras cuando la presencialidad no era posible por cuestiones propias del devenir de un equipo conformado por varias personas, cada una con pertenencias institucionales múltiples y diversas. Para varios de nosotres el cuidado se volvió una especie de cristal por el cual mirar el mundo, atravesando prácticas profesionales, académicas, relaciones personales, íntimas y públicas, comenzando al mismo tiempo a comprender la politicidad de las mismas.

La borrosidad entre quien investiga y es investigado dejó de ser una apuesta teórica solamente y resultaba una práctica habitada. ¿Cómo ser cautelosos al investigar sobre el cuerpo y el cuidado? ¿Podía el cuidado ser a la vez una práctica percibida como riesgosa? Luego devino la grupalidad ampliada, la invitación a los participantes de los talleres a constituirse en sujetos activos de la investigación, tanto en la vivencia como en las producciones y en los que llamamos espacios de condensación. En el momento de proponernos esta investigación, nos imaginamos constituir un grupo estable que concurriese a los espacios de taller, además del grupo que coordina las actividades. Entendíamos por estable a un grupo constituido por un conjunto definido de personas que concurrieran con regularidad. El devenir de ese espacio grupal amplio nos mostró que el componente de estabilidad estaba dado por quienes coordinamos y por el lugar, el espacio-tiempo que se generó y que, de algún modo, prescindió de lo esperado. Esto se constituyó en un hallazgo en sí mismo. La potencia de una grupalidad que conserva una cierta identidad, siempre mutante, que se reconoce a sí misma, más allá de la regularidad estricta de las singularidades que la integran. Un espacio que se reconoció grupalmente como un espacio de cuidado, de aprendizaje y de compartir.

El proceso de constituirse equipo, de conformar una grupalidad de afectaciones recíprocas, sostenidas en el tiempo y capaces de producir conocimiento resultó una tarea que reconoció matices, intensidades, conflictos. No fue siempre fácil, mucho menos espontánea.

Como equipo, transitamos varias modificaciones en cuanto a nuestro propio proceso de consolidación. En eso nos fuimos dando cuenta de que nos permitíamos ir fluyendo, de que la entrada y salida de distintos integrantes al equipo podía ser vivida con naturalidad, casi desde un pulsar, que teníamos permeabilidad para eso, y que teníamos también la capacidad aprendida de ir respetando los tiempos de cada quien y acompañando en la red los procesos personales cuando era necesario, tejiendo una red de sostén mutuo donde, de acuerdo a las posibilidades, algunas veces ponían más el cuerpo unes y otras veces otros.

En este sentido, nos constituímos como equipo que investiga el cuidado también a partir del cuidado entre nosotres mismas. Este ha sido un eje que hemos venido alimentando desde el inicio de la consolidación como equipo, una ronda de palabra, un rezo de tabaco, una ceremonia de agradecimiento e intención, compartir comida, mates, dolores, alegrías, discusiones, experiencias de cuidado, la vida misma, fue el espacio que aportó un manto de sacralidad a los espacios compartidos. Y esta ha sido una de las características más potentes de este devenir grupalidad.

La disponibilidad afectiva, que más adelante recuperaremos como uno de los hallazgos de la investigación, estuvo siempre presente en nuestro estar siendo como equipo, como ese estar ahí para le otre

presente pero sin borrarle, ni borrarlo, para oír sin juzgar, para ofrecer un abrazo, o la escucha atenta, para acordar o disentir, para permitir que le otre sea, permitiéndome ser también con le otre.

En este sentido, sostenemos que se puede producir conocimientos desde la afectividad, y que esto no niega la politicidad y la rigurosidad científica de los mismos.

Cuando la pandemia y las medidas tomadas en torno al COVID-19 nos atravesaron, el grupo nos sostuvo y nos contuvo. Se volvió un espacio de cuidado en medio de una situación novedosa, que bajo el manto del cuidado nos imponía control y vigilancia. La emergencia, como explicitamos más adelante, comprometió nuestra posibilidad de seguir con la investigación como la intencionáramos, ya que se volvió imposible trabajar con cuidadores del Copnaf. Fue entonces como, de modo colectivo, fuimos dándonos cuenta que el propio grupo se volvió un espacio donde indagar sobre las tramas institucionales del cuidado. Cómo era posible ser cuidadosos, cuidar y cuidarnos dentro de una institución que no solo parecía volverse incorpórea, sino que nos sacaba la posibilidad de los encuentros vivenciales. La virtualidad, con sus potencias y sus limitaciones, fue la norma, y desde ella como equipo nos fuimos consolidando en un espacio de cuidado y salud para nosotres y, a su vez, pudimos facilitar espacios de esas características para otros. Incluimos en los hallazgos las producciones que dan cuenta de estos recorridos.

Respecto de las metodologías recorridas

Como ya fue dicho, una de las mayores apuestas de este proyecto tiene que ver con la puesta en marcha de la metodología colaborativa, no solo como herramienta de investigación, sino también como una perspectiva desde donde posicionarnos para definir y fundamentar las decisiones que se fueron tomando durante el recorrido. Una de las vertientes que sustenta tanto metodológica como epistemológicamente este proceso de investigación es la denominada *etnografía crítica*. Ésta se trata de una corriente que surge en la década del sesenta, sustentada en la teoría marxista, como procedente de la etnografía que rechaza los postulados positivistas de objetividad y neutralidad.

Lo que nos permite este tipo de etnografía es poder tomar y darle relevancia a la palabra de los actores, sin pretender construir un saber objetivo y neutral, sino por el contrario donde la subjetividad toma un papel central. El saber de la experiencia, las vivencias particulares y la conjunción de epistemologías diferentes son materia prima por excelencia, tanto del equipo de investigación como de quienes participaron de los talleres.

En este sentido, la etnografía crítica nos abona al campo para comprender y desandar las tramas del cuidado de sí, estudiadas y puestas al relieve en este contexto académico donde se llevó a cabo, desde los primeros pasos para constituirnos como equipo de trabajo hasta los encuentros/talleres vivenciales.

Por tanto, nuestra pretensión de situarnos junto a estas corrientes epistemológicas y metodológicas de producir conocimiento refleja una decisión política de posicionarnos histórica y culturalmente para crear junto con otros (colaborando) un saber que habla de nuestras formas de habitar el cuidado/descuido. Sobre todo, para poder deconstruir las prácticas de cuidado que históricamente se vienen haciendo cuerpo en las vidas cotidianas, como así también en las instituciones que reproducen estas prácticas. Este conocimiento pretende ser por y para quienes transitamos día a día estas tramas.

Haraway (1991) propone como “conocimiento situado” un saber comprometido y parcial que concierne a un tiempo que humanamente podemos abarcar. Este conocimiento refiere justamente a un saber científico tomado a partir de quienes estamos implicados en las temáticas estudiadas. La etnografía nos facilitó herramientas para ir conjugando con las formas colaborativas que la investigación fue tomando.

Por qué colaborar en un mundo de competencias: el saber y el conocer siempre es con otros

Buscamos hacer confluir varias ideas y caminos que nos fueron atravesando en la trama de los talleres, en la metodología de la investigación que llevamos a cabo y en las opciones ético-políticas de muchos de quienes transitamos el proceso de investigación.

Una y otra vez, en los talleres y en nuestras reuniones, recurría la referencia a tensiones, ya sea entre saber-conocer, cuidar-atender, entre múltiples dimensiones de distintas situaciones y procesos. Si recurrimos al diccionario en búsqueda de la palabra tensión, nos encontramos con la afirmación, “acción de fuerzas opuestas a que está sometido un cuerpo”. En el marco de esta investigación es posible pensar: ¿es lo metodológico el cuerpo sometido a fuerzas opuestas? ¿Qué representan esas fuerzas opuestas? O quizás que sean opuestas no quiere decir que se conviertan en contradictorias, sino que en todo caso pueden habilitar a crear un nuevo canal entre ambas partes, una nueva dinámica que sostenga esa tensión.

En este sentido, no es casual que cuando nos adentramos hacia la cuestión metodológica aparezca la tensión. Nos preguntamos si es necesario que aparezca la tensión, o qué denota su afluencia. En esta confluencia de saberes que somos, recurrimos a un concepto de la ingeniería que a su vez retoman la osteopatía y las terapias manuales: el concepto de tenseguridad. Un sistema de tensiones es lo que permite que algo se sostenga más que una estructura portante, que tome estabilidad para estar en un tiempo-espacio determinado. Aparece entonces como potencia, como posibilidad de que algo se sostenga y, por tanto, exista como tal. Muchas fuerzas en tensión pueden entrar en antagonismo o en sinergia. La tenseguridad es un tipo de sinergia, donde el resultado es una nueva fuerza que se sostiene entre las partes.

Quizás lo que en este campo aparecen son disputas que, como tales, generan tensión. Disputas que habilitan el poder poner en cuestión eso que entendemos por lo metodológico, sobre todo, lo que académicamente se encuadra dentro de esta categoría.

Esos métodos son aprendidos como “formas de hacer para” llegar a un resultado u objetivo: formas, estructuras, pasos, lógicas. Diferentes maneras de conocer eso que nos interesa indagar.

Nuestro interés se centra en la apropiación de lo aprendido en el contexto académico respecto de los modos metodológicos de investigación, pues desde allí nace este proyecto, y a partir de tal aprendizaje poder generar otros modos de producir conocimiento. Entonces, nuestra búsqueda a través de esta investigación tiene que ver con corcernos de los modos hegemónicos, para dar lugar a la puesta en cuestión de nuestras propias prácticas: repensarnos, reinventarnos en los procesos de producción de conocimiento.

Dar lugar a lo colectivo, integrar otras prácticas, dejar de lado las lógicas binarias y contrapuestas arraigadas, es un primer paso en la comprensión de la complejidad. No nos resulta posible pensar que existe una forma, una metodología única para producir conocimiento, como tampoco que existen lugares determinados y estáticos en un proceso de investigación.

La metodología colaborativa que nos propusimos llevar adelante viene a romper con las posiciones tradicionalmente adjudicadas de investigador/a-investigado/a, corriendo del centro de la escena a quien investiga como “poseedor/a del saber”, para pasar a relacionarnos desde una lógica de que “colaboran” en el proceso de llevar adelante una investigación donde entran en diálogo epistemologías distintas.

“Estas construcciones colaborativas nos llevan necesariamente a un descentramiento de la perspectiva tradicional del investigador/a (tal como es entendida en los ámbitos académicos); a un reconocimiento de unos saberes otros y a la puesta en tensión de distintas perspectivas, otras formas de conocimiento y también de producción, y la necesidad de “diálogos interepistémicos”. (Valdez y Villareal: 2007:154).

Pensarnos en clave de lo colaborativo parte de una sentencia fundante, y es que no podemos en soledad. En algún sentido, podríamos trabajar esta investigación de un modo más tradicional y adjudicar autoría individual de las producciones que sostenemos, pero no sería concordante con el proceso que desde el comienzo rescató el círculo como forma de trabajo y producción, y en un círculo como arquetipo ancestral de culturas no capitalistas encontramos una práctica y una metáfora en que todos participan de forma equivalente, en el mismo nivel, porque las relaciones se descentran de el individuo y se centra en el eje del círculo, donde todos estamos a la misma distancia del centro y ninguno tiene la misma tarea singular para poder llegar a ese centro u objetivo buscado, es decir, el trabajo personal de cada uno puede incluso ir en sentidos contrarios y ambos estar transitando el camino hacia el objetivo buscado.

Respecto de la importancia de la vivencia

Vivencia es “una experiencia vivida con gran intensidad por un individuo en un lapso de tiempo aquí-ahora (‘génesis actual’), abarcando las funciones emocionales, cenestésicas y orgánicas” (Rolando Toro, 2003;36). Es, en otras palabras, un acontecimiento, una emergencia del sujeto que lo resignifica. La vivencia produce un conocimiento situado.

Para Dilthey (1883:115), las vivencias eran “algo revelado en el complejo anímico dado en la experiencia interna de un modo de existir la realidad para un cierto sujeto”.

Así, una “vivencia integrativa” es capaz de expresar la identidad, modificar el estilo de vida y restablecer el orden biológico. La descripción de las vivencias posee un valor de conocimiento significativo y comunicable, a pesar de acontecer en el interior de un individuo.

En biodanza se utiliza el “relato de vivencias” para tener acceso al conocimiento fenomenológico de éstas.

Al elegir el abordaje vivencial, elegimos trabajar desde la generación de propuestas que las induzcan, generar espacios cuidadosos donde podamos abrirnos a experimentar, a salirnos de los modos producidos dominantes de “sentipensar” el mundo y a nosotres mismas. Una vivencia integradora produce una fuerte sensación de estar vive, en el aquí y ahora, una intensa percepción de una misma, de ahí su potencia. Si entendemos con Le Breton (2002) que el orden moderno occidental se ha caracterizado por borramientos rituales del cuerpo, podemos asomarnos a su capacidad transformadora.

Las vivencias anclan en la totalidad del ser, son ontológicas, actúan más allá de la conciencia y de las palabras. Podemos hacer un relato fenomenológico de una vivencia y muchas veces apelamos al mismo en la investigación. Pero el relato no es la vivencia, es una herramienta para comunicarla dentro de lo posible, una socialización de lo íntimo grupal.

Las vivencias integradoras poseen un valor organizador en sí mismas. Activan y armonizan las funciones límbico-hipotalámicas. Tienen su representación fisiológica en el sistema límbico, centro regulador de la conducta flexible, de los instintos y las emociones. El sistema límbico abarca las funciones del hipocampo, amígdala cerebral e hipotálamo. El hipotálamo regula la hipófisis la que, a su vez, influye sobre el sistema endocrino.

Por otro lado, son productoras de conocimiento. El conocer, el conocimiento, excede las funciones racionales. Son una herramienta para saldar la escisión entre conocimiento racional, típico de la academia y otros modos de conocer y producir conocimiento tales como los abordajes artísticos, el lenguaje de la poesía, la danza, la experiencia mística.

La decisión de trabajar desde un abordaje vivencial, entonces, no sólo es metodológica: es epistemológica. Es apelar a un modo de entendimiento y de conocimiento que, aun sabiéndose necesariamente incompleto, es capaz de alojar una diversidad enorme de puntos de vista, de diferentes “cosmo(caos) visiones” y enfoques que aparece como más apropiado para dar cuenta de un sistema mundo complejo.

Esta estrategia apunta a poder producir conocimientos encarnados, situados. En nuestra condición de investigadores investigados, como equipo de coordinación pudimos en muchas ocasiones testimoniar la potencia efectiva que aporta. Particularmente al inicio de la investigación, más aún en el proyecto novel que antecedió a este, nos atravesaba la duda respecto del sesgo que podría tener una producción propia cualquiera en el contexto de los talleres vivenciales que proponíamos y transitábamos. ¿Cuánto iba a afectarnos el conocer de antemano las lógicas y las actividades? La respuesta no surgió de lo que pudimos prever o imaginar. La obtuvimos a la hora de compartir los relatos de experiencias y las bitácoras personales. Todas nos vimos asombrados de haber hecho, escrito, dicho o dibujado distinto radicalmente de lo que habíamos anticipado. Nos pudimos dejar atravesar por la vivencia, afectarnos por el taller y la comunidad que generaba y desde allí aparecía la novedad.

Encuentros de producción colectiva (cuerpo y cuidado):

Las ideas que surgían después de los talleres vivenciales nos permitían ir construyendo una idea colectiva acerca del cuidado en las distintas instancias; nos invitó a pensar lo colectivo como una apuesta política que tensiona las individualidades y potencia las singularidades en una búsqueda hacia el entendimiento y aceptación de nosotres mismas y de les otros.

Esto nos permite desnaturalizar marcas que imprimió la epistemología moderna colonial en los procesos de recolección y producción de conocimiento que arrojan la necesidad de huir de toda forma de universalismo para situarnos en nuestra realidad y darle lugar a nuestras propias prácticas. En palabras de Hermida (2017:14), “hacer epistemología plebeya es recuperar, validar y construir discursos insurgentes que litiguen con los discursos que legitiman la colonialidad del poder de ayer y de hoy”.

La autora nos dice que la epistemología plebeya refiere a una praxis pluriversal productora de discursos sociales e históricamente construidos, alude a un pensar situado desde nuestro americano, agregando que pensarla como praxis implica problematizar la ausencia (Santos, 2006).

La ausencia puede ser un disparador interesante para problematizar la idea del cuerpo. Este último, en las prácticas de pensamiento occidental se suele disociar de la mente, de manera que el cuerpo supone ser pensado como ajeno al sujeto cognoscente. En algunas situaciones, esta representación desdibuja nuestra corporalidad, priorizando una actividad más asociada a la mente.

Nuestra apuesta es repensar dichas fragmentaciones desde un pensamiento situado y complejo que reconozca al cuerpo como entramado. En este sentido, nos parece que esta investigación cobra relevancia, ya que pone la mirada en el/los registro/s y significación/es que los sujetos le damos al cuerpo.

Sigue siendo un campo de exploración y aprendizaje para quienes aceptamos este desafío de constituirnos en equipo coordinador de los talleres que dan origen a esta investigación, dando luz a aquello que permaneció oculto por los procesos de invisibilización que hoy nos permite otra/s forma/s de ver.

Producimos desde y con el cuerpo

Las metodologías seleccionadas guiaron y enriquecieron la temática del proyecto de investigación, como así también, incentivaron nuevos interrogantes y búsquedas. A partir de las propias vivencias, fuimos encontrando dudas, respuestas y nuevos emergentes de reflexión colectiva acerca del cuidado.

Los talleres se llevaron a cabo dentro de la Facultad de Trabajo Social una vez al mes durante tres horas. Antes de comenzar cada taller, se preparaba el espacio de modo que nos permitiera tener un registro de nosotres mismas y de les otros para encontrarnos desde otro lugar. Cada una de las que participamos construimos un clima agradable, de respeto, de amorosidad, de solidaridad, de confianza que nos convoca a narrar nuestras historias de vida, de cuidados y descuidos e identificarnos unas con otras.

En cada taller se trabajó una dimensión/itinerario de cuidado –búsqueda, análisis y producción previa– haciendo foco en algunas categorías que nos fueron atravesando en la trama de los talleres. Estos itinerarios se reflejan en los títulos de los talleres y sacudieron nuestras subjetividades, como así también dieron apertura a trabajar algunos procesos personales sobre el cuerpo y el cuidado, sobre el cuidado de los que cuidan.

RESULTADOS ALCANZADOS y DISCUSIONES QUE SE ABREN

Volviendo a mirar las resistencias

En algunos planteos actuales sobre las políticas del cuidado (Batthyány, 2015; Duran, 2017; Pautassi, 2010) se empieza a pensar desde diferentes lugares la tarea de les cuidadores y cómo se cuida a quienes cuidan. Hay una búsqueda de dar lugar a la responsabilidad del Estado respecto al cuidado de los ciudadanos.

En la problematización de la coyuntura se van dando diferentes conceptualizaciones de cuidado. Una gran parte de las búsquedas abarcan una dimensión económico-organizativa del tema-problema. A nuestro entender, reconociendo la absoluta necesidad y urgencia de esta dimensión, a veces dejan de lado otras dimensiones que hacen a una mirada integral de la problemática, por lo que sigue siendo importante sostener la pregunta sobre qué políticas de cuidado son las que posibilitan el cuidado de sí en quienes tienen la tarea de cuidar-atender a otros.

Esto nos llevaría a distinguir niveles y alcances de cada formulación de las políticas, pero no es el objetivo en este punto, sino sólo sostener la sospecha de que, si restringimos mucho la conceptualización del cuidado, restringiremos las posibilidades para pensarlo y las políticas terminarán validando y sosteniendo haceres y prácticas que en sí pueden o no ser de cuidado. Muchas de las políticas que plantean algunos países latinoamericanos como políticas de cuidado apuntan a visibilizar la tarea, a regular los topes horarios o a validar derechos laborales en estos trabajos y empleos que, en su mayoría, sabemos están precarizados y feminizados (Batthyany, 2015).

La búsqueda desde nuestra concepción de cuidado es la de poder recuperarnos como sujetos epistémicos, en el sentido de ser sujetos activos que nombran su mundo³, potentes para re-crearlo y no como objetos alienados y subsumidos en las desigualdades del poder. En esta mirada del cuidado, el presupuesto es que el cuidado de sí sea un a priori (ontológico) de la posibilidad de cuidar a otros, y es desde ahí que surge la propuesta de los talleres. La apuesta de esta investigación era sostener ese horizonte amplio del cuidado y desde ahí imaginar, reconocer, potenciar estrategias que en las tramas institucionales se tejen en función del cuidado. Aun así, una situación a la que también nos enfrentamos fue la resistencia y la dificultad de muchos cuidadores a participar en las actividades, con el contrapunto de que todes quienes pudieron quedarse sostuvieron el agradecimiento al espacio y lo que cada quien se llevaba del mismo.

Un hecho que fue aconteciendo en el transcurso del proyecto fue que costaba que les cuidadores participaran de los talleres y tuvieran una continuidad en la asistencia. En los relatos de las profesionales en reuniones que mantuvimos fueron apareciendo prejuicios, desconocimiento e incertidumbres acerca de la metodología vivencial:

Es una cuestión personal y supongo que es una cuestión de estructuras, a mí no me hace sentir cómoda y, tal vez por esa estructura tan cerrada, no puedo ligar de qué modo a mí me serviría realizar este taller para aliviar de alguna manera o darle sentido a lo que ustedes proponen que es esto de cuidar a los que cuidan. (Entrevista con una directora de residencia.)

A mí el hecho de sentarme, sacarme los zapatos, de caminar, de abrazar al otro, es como que no me gusta, no me siento cómoda y yo no quiero que sea una falta de respeto a quien se tomó el trabajo de pensarlo, elaborarlo, yo lo que supongo es que claramente es una cuestión personal. (Promotora de derechos.)

Cuando miramos la participación y las dificultades para llegar de las personas que asistían a los talleres, así como la dificultad para pasar la información por parte de directivos y responsables, necesitamos verlo no solo como una cuestión de las relaciones externas estructurales de cómo circula la información en la institución, sino también como modos implicados de habitar la complejidad de las relaciones sociales en el contexto que sucede. Nos vimos obligades a detenernos y a cambiar algunas estrategias metodológicas, sobre todo con quienes no llegaban al espacio, ya que era imposible trabajarlo en clave vivencial, que es una de las definiciones de esta investigación. Abordamos este interrogante apelando al registro vivencial de quienes participaban y fuimos incorporando otros registros de entrevistas y charlas con quienes no llegaban al espacio o dejaron de venir.

Esto fue dando un panorama posible sobre qué pasa con las resistencias a la participación en espacios que apuntan a contener y dar un aporte cuidadoso que va más allá de simplemente alojar la queja

3. Esto, en palabras de Sousa Santos, sería poder describir el mundo como propio y desde ahí transformarlo

o profundizar la sensación de enfrentamiento y lucha como única opción posible. Nos encontramos que en una reunión con referentes directivos de la institución, una profesional nos decía:

Integrante del equipo: Cuando vas una sesión (...) de la que sea, vos vas, abris la tapa; ahora, respecto de esa "tapa", el grupo funciona como un espacio de contención.

Profesional: Yo te hago una pregunta: yo elijo ir a terapia, elijo abrir esa tapa, elijo llegar hasta ese lugar, y acá yo no lo elijo.⁴

Integrante del equipo: Y, no venís o venís y abris hasta donde podes, porque uno puede participar... Esta es una de las cuestiones del espacio que nosotros entendemos como cuidado, cada cual abre hasta dónde puede. Por supuesto que hay una invitación a traspasar los límites de la comodidad, pero eso es otra charla, hay una invitación y cada cual abre hasta donde puede o no abre (Entrevista realizada en talleres de 2019)

La metáfora de "abrir la tapa" la podemos comprender cómo abrir parte de sus trayectorias de vida, donde se ponen en juego múltiples dimensiones acerca del cuidado de sí y del otro que han configurado la historia singular de cada sujeto o grupo en su vida cotidiana. En la posibilidad de dar respuestas y de analizar esto que se nos aparece en el trayecto de este año, proponemos ver desde diferentes aportes teóricos este fenómeno, no con el afán de agotar sus posibilidades, sino más bien para que nos permita seguir creando preguntas, repreguntas y abriendo la trama que habita esta dificultad sentida de que el cuidado sea una variable de los modos de estar en las instituciones.

Pensando desde una perspectiva gestáltica, podemos ver a las resistencias, no como algo negativo ni a corregir o eliminar, sino como algo a acompañar.

Siguiendo esto, debemos reconocer que esas resistencias son los modos en que un gran número (por no decir la totalidad) de quienes cuidamos aprendimos a sobrevivir a un contexto hostil. Para muchas, la posibilidad de cuidar se sostuvo en no entrar en la propia carencia, en ocultarnos en función de un personaje, en no poder mostrarnos vulnerable, o por ejemplo pensar que el que cuida tiene que tener todo resuelto y cuidar desde la fortaleza y la omnipotencia. En estas formas aprendidas, claramente podemos rastrear el sesgo patriarcal, pero sobre todo el impulso y el modo aprendido que cada uno construyó para sobrevivir a esos mandatos institucionales de la tarea del cuidar.

Así, creencias como "pagar derecho de piso", "sentir que la institución te descuida", que "tenés que cuidarte la espalda porque la traición es la moneda de cambio", que "uno asciende a costa de dejar de lado a otros", van marcando un escenario donde lo propio, lo genuino, la propia vida, necesariamente tiene que pasar a un segundo plano, ser escondida.

También podemos decir que no hay posibilidad de salir del círculo de la reproducción sin rupturas, y esto genera muchos ruidos institucionales, activa los miedos, cuestiona lo dado y cristalizado de las relaciones y se tapa con urgencias y una trama de justificaciones que dejan intacto ese modo que cada institución tuvo para poder seguir frente a los desafíos en el tiempo.

Ahora bien, más que juzgar esto o verlo como una cuestión negativa, la apuesta es ver que esto es lo que de alguna manera posibilitó que en un sistema tan frágil como el cuidado de la niñez y la adolescencia en situación de vulnerabilidad extrema pudieran seguir siendo alojadas ahí y contenidas de ese mejor modo posible.

Sería un error condenar estas resistencias. Propongámonos poder honrar esa resistencia como lo que nos permitió sobrevivir a las dificultades, aún a costa de endurecernos, marcar distancias, separarnos de la corporalidad, escindirnos en nuestro ser y nuestro trabajo, hacer que lo que pasa "no nos afecte", buscar "no involucrarme, porque después no puedo", dejar de ver-percibir-sentir. La pregunta vuelve no como reproche ni buscando los por qué o los culpables, sino desde la humildad del cómo hacemos para que esto que ya no nos hace bien no siga siendo el único modo posible percibido de sostener el estar ahí.

4. Haciendo referencia a una creencia que circuló sobre la obligatoriedad de los encuentros

Tal vez vale preguntarnos, por ejemplo, cómo hicimos para resistir al desamparo institucional frente a la resolución de los conflictos y contradicciones que nos pone la intervención y el cuidado de otros, y cómo cuidarnos en ese momento siga siendo una pregunta potente que vaya arrojando pistas desde donde pensar el cuidado en las instituciones. Recuperando sensaciones respecto a eso, salen frases que hablan de la persistencia del descuido y la reificación de las resistencias, por ejemplo “mantener la distancia”, “hacer lo que te toca”, “una sensación de profunda soledad”, “no tener herramientas para cuidar”.

Que no sea una válvula de escape

Cuando empezamos a construir propuestas que nos vayan permitiendo percibir alternativas a las resistencias consolidadas, nos surgen dos preguntas que consideramos claves: ¿cómo acompañar cuidadosamente a cada quien en el transitar del “darse cuenta” y poder motorizar cambios? Y, si acompañamos situaciones singulares y las estructuras institucionales no cambian, ¿hasta qué punto no es construir una válvula de escape para sostener una estructura de descuido?

Siempre hay contradicciones y luchas en el contexto de transformación de las instituciones, y esto generalmente va retrasado a los cambios que las personas que habitan las mismas necesitan. Desde ahí nos vuelve una pregunta que ha sido recurrente de diversos modos en las ciencias sociales, y es si tienen que cambiar las estructuras para que las personas puedan cambiar, o si el cambio de cada uno posibilita el cambio de las estructuras.

Por supuesto que esta es una tensión que no admitiría una respuesta lineal por un polo u otro, sino que es productiva en cuanto nos permite ingresar a la complejidad de relaciones que suceden al interior de las instituciones y de las personas que las habitan.

Cuando preguntamos a una cuidadora de residencia sobre las estrategias de cuidado decía:

Hay muy pocas, y muchas veces son solo reuniones donde, en teoría, se debaten las intervenciones y eso solo, pareciera ser cuidadoso para el profesional que labura. Pero llegar a que esas reuniones se concreten te llevaba meses, esperando que un equipo entero se junte. Digo equipo entero, que es el equipo de la residencia, el equipo de la localidad de dónde es la persona, el equipo que supervisa, y que coincidan todas esas personas era desgastante. (Entrevista a una participante de talleres 2019)

En esto, cuando proponemos procesos individuales y grupales de trabajo sobre el cuidado de sí y del otro, estos no parten de desconocer el contexto estructural de descuido en el que suceden, que en palabras de Souza Santos corresponderían a la triada de alienación que genera el colonialismo, el patriarcado y el capitalismo. Sí las intervenciones parten de reconocer que los procesos grupales también levantan una trama, preexistente a la dominación, de otro modo de pensar los vínculos y las relaciones, de otro modo de posicionarse ante el mundo que –lejos de aumentar la capacidad de resistencia para que nada cambie y la extracción de la plusvalía siga siendo posible– busca poder pararnos de otro modo aun en las tensiones de la desigualdad que transitamos cotidianamente.

La experiencia propia y con quienes sostuvieron los talleres es que, pudiéndonos enfrentar a nuestros propios descuidos, encontramos una puerta para transformarlos en posibilidades de cuidado de sí y de cuidar mejor a otros. Al mismo tiempo, eso nos permitió ver que en nosotros y en las estructuras también hay posibilidades de cuidado que muchas veces no las percibimos porque tampoco las podemos tomar.

Retomamos el relato de una participante que, luego de venir a algunos encuentros, en el primer encuentro de este año nos dijo: “me ha hecho tanto bien venir acá, después de empezar a venir, me saqué un mes de licencia (...) pude ver que en veinte años de trabajo, nunca saqué una licencia, nunca me había dado el lugar a cuidarme”, y esa licencia le permitió comenzar a ocuparse de una enfermedad crónica que traía hace tiempo y que la sobrellevaba porque siempre el deber estaba antes. Hacia el final de la intervención completa, comenta que “lo que más me sorprendió de todo esto es que cuando volví a trabajar, era otra persona, de repente hacia las mismas cosas, pero eran otras (...) yo podía estar de otra manera, podía relacionarme de otro modo”.

Retomando la afirmación que hacíamos más arriba, no es la contradicción entre las estructuras y la subjetividad la que tiene que ser resuelta en un orden específico. En esa complejidad podemos ver las posibilidades de trascender las propias resistencias como modo de habilitarnos creativamente a percibir de otros modos los espacios donde cuidamos y nos cuidamos a fin de ver las posibilidades que la trama nos ofrece, más allá de las estrecheces en que muchas veces nos encontramos en nuestros modos de percibir el entorno. En la situación planteada, había una política de licencias, había un derecho, estaban las condiciones (se pueden problematizar las coberturas y demás) para ocuparse, pero faltaba la vivencia de la necesidad de cuidarse, de valoración propia y de entendernos en las tramas del cuidado; cuestión que es cultural y socialmente producida en un contexto extractivista que hace del miedo, la competencia y el descuido la moneda de cambio para sostenerse en las relaciones cotidianas de vida.

Lo urgente y lo importante: ¿Qué lugar le damos al cuidado?

En el transcurso de los encuentros y en la trayectoria del equipo, nos encontramos con una afirmación frecuente en muchos de los que participan de la investigación: nos falta tiempo para el cuidado. Muchos reconocemos que sabemos las cosas que nos hacen bien, añoramos modos y prácticas que nos benefician (o creemos que nos benefician), que expresan formas de cuidado de sí y del otro, pero el sostener la rutina y las condiciones de lo urgente pareciera que nos aparta de ese espacio que se percibe como espacio de cuidado. Esto que nos devuelve el trabajo de campo sintoniza con la demanda de tiempos y recursos para poder cuidar y cuidarse que refiere Tronto (2013) en sus conclusiones.

El trabajo, el atender a otros que están bajo mi responsabilidad, y toda una lista de deberes respecto del afuera, no deja lugar a eso que cada uno considera importante para su bienestar.

Percibimos una tendencia a pensar el cuidado y el cuidado de sí por fuera de las tramas cotidianas, como una suerte de excepcionalidad. Esta percepción resuena en al menos dos diferentes dimensiones. Por un lado, la disociación de la vida en las esferas íntima y pública, característica del orden heteropatriarcal, y por otro, las condiciones de alienación en que transcurre la vida moderna, “el mundo como opuesto a la vida” (Skliar, 2017).

Así, el cuidado reducido a la esfera de lo íntimo carece de peso frente a lo importante, a la densidad de lo público. El mundo, el afuera, lo masculino, arrasa sin miramientos a la vida, a los necesarios mecanismos de soporte de la vida. La educación formal, los modos aprendidos de ser desde la ideología de la normalidad (Angelino, 2009) refuerzan estas condiciones. Son los dispositivos que hacen soportable el descuido, educando y reduciendo las potencias singulares y colectivas.

También veíamos esta situación en las instituciones. Ante la pregunta de qué necesitamos para habitar mejor las instituciones, aparece la necesidad de tiempo, de espacios para intercambiar, es decir, la necesidad de salir de la urgencia y el desborde y poder parar y pensar, sentir y analizar.

En este sentido, en el desarrollo de la investigación nos enfrentamos a un dilema. Por un lado, recibimos esta demanda de cuidados, de tiempos para el cuidado y la queja de que las instituciones no generan espacios-tiempos para charlar y dar lugar al cuidado. Por otro lado, vemos que cuando se generan los espacios-tiempos de cuidado, u otros espacios que buscan trascender la mera catarsis, se activan infinidad de resistencias institucionales y singulares para no habitarlos.

En esta clave vuelve a resonar una propuesta de Joan Tronto (2013) Para cuidar necesitamos tiempo y recursos y esto es algo que las políticas en torno al cuidado deben tener en cuenta para no fracasar.

La “estructuración social parte de un orden temporal particular en donde el tiempo es dinero porque el dinero es tiempo al configurarse en función de la aceleración de la producción, de la circulación y del consumo de los bienes y servicios devenidos en capital para la acumulación. Desde la academia, esta configuración del sentido común de que el “tiempo es oro” o “time is money” se ha apalancado en marcos analíticos -como el utilitarismo económico neoliberal- que permiten la multiplicación exponencial de tal sentido. El orden social imperante desmantela y mata la vida al intentar igualar (ficcionalmente)

tiempo con velocidad o aceleración (al ser ésta el instrumento más eficaz de acumulación del capital)”. (Ramírez 2018:56) Si el tiempo es dinero, y si el cuidado está invisibilizado y expulsado de lo productivo, se refuerzan expresiones que surgieron en algunas conversaciones, como el miedo a perder el tiempo, o no tener tiempo.

Para cuidar necesitamos tiempos y recursos. Es ineludible esta condición que pareciera obvia, pero que no aparece hoy en el modo en que el Estado y las personas toman las tareas del cuidado en clave de la organización social. Siguiendo a Ramírez (2008), la organización social del tiempo atenta contra la vida y por ende contra el cuidado. Consideramos que esto sucede de distintos modos en diferentes situaciones y contextos, pero que reproduce la misma lógica. Lo pudimos ver en las condiciones de trabajo de las cuidadoras en el marco de las organizaciones institucionales estatales. Nótese que nos referimos a mujeres cuidadoras en su totalidad, provenientes de barrios e historias familiares humildes que trabajan de cuidadoras afuera y adentro de sus hogares.

En las residencias, el tiempo cronológico pareciera arrasarlo todo. Las guardias y los turnos en clave de tiempo laboral son omnipresentes y suelen ser referidas como el gran obstáculo para intentar otros modos. Aun cuando el tiempo del taller aparecía como tiempo remunerado, no lograba hacerse lugar en un ciclo reproductivo agotador.

Pensando la condición del tiempo para el cuidado, es necesario un tiempo para el cuidado de sí como condición para la calidad de los cuidados y sobre todo para no cambiar la propia salud-bienestar por la salud-bienestar de aquellos a quienes cuidamos. Este tiempo de Cuidado de Sí es tiempo para cuidarnos y dejarnos cuidar.

Quienes pudieron llegar a los talleres, y sobre todo quienes, por diferentes razones, sostuvieron los encuentros, nos refirieron cómo la vivencia de otros modos de habitar el tiempo pudo habilitarse en el encuentro con otros. De ser una obligación más después del trabajo, se volvió un hito mensual relacionado al disfrute, al encuentro con lo humano de la vida, con la posibilidad de recrear y recrearse en las tareas laborales y domésticas.

Ramírez nos aporta la *ucronía* como una forma de sentipensar y producir la dimensión cronológica. Plantea que desandar los modos de producirnos temporalmente es una de las dimensiones necesarias para pensarnos decolonialmente. Se trata de una nueva economía del tiempo, no medida por la velocidad o la cantidad de producción sino por la calidad: tiempo de relacionarnos, de participar, de descansar, de elegir. Insistimos en que el cuidado de sí y del otro, con su apuesta a la reciprocidad, a la horizontalidad y a la afectación recíproca como potencia, es un camino confluyente a la construcción de un mundo decolonial, que pueda producirse por fuera de las violentas lógicas patriarcales, capitalistas y coloniales.

Disponibilidad afectiva y cuidado

El proceso de selección y recreación de la expresión “disponibilidad afectiva” resultó un ejemplo significativo del modo de investigar colectivamente. Se intersectan emergentes del taller anterior, conversaciones con asistentes fuera del espacio colectivo, vivencias personales, cuestiones epocales. Resonaban en esa época debates *online* sobre responsabilidad afectiva en clave de género.

Es de esta manera como resulta una propuesta potente para indagar en la disponibilidad afectiva como una categoría fundamental a la hora de pensar el cuidado, como así también la riqueza que podría desglosarse en el análisis de la misma en las individualidades y en lo colectivo desde la vivencia y la construcción del conocimiento. Ya desde la convocatoria al siguiente encuentro mensual percibimos la resonancia de esta categoría.

La noción que toma más fuerza es la de disponibilidad afectiva como presencia, como entrega, como escucha. Se conjuga un estar-siendo con un otro, sin desdibujarse cada una de las individualidades pero potenciándose el entre, el nosotros, la potencia del afecto y del dejarse afectar, estar para y con el otro,

y poner el cuerpo en ese acto y en ese presente, planteándose un compromiso. Dicho acto requiere identificar qué disponibilidad afectiva –esto es presencia, entrega, escucha– tenemos para con nosotres mismas como seres singulares para habilitarnos hacia un otro y alojar-nos en ese compartir, permitiéndonos ir siendo. La intimidad con uno y con el otro es necesaria para disponernos afectivamente. La importancia de observar la disponibilidad que brindamos permite reflexionar sobre el cuidado hacia una misma.

Najmanovich nos aporta en cuanto al pensar la relación del cuidado con la atención (no en el sentido de atender a, sino de estar atentos), que refiere a un conectar, habitar la experiencia que estoy viviendo y estar disponible para ese vínculo. El ejercicio personal de escuchar, de estar disponible a esa escucha, ya regala la oportunidad de que suceda una transformación en y entre los sujetos en escena, en dicho vínculo, en el encuentro en sí mismo. Ejercicio que requiere una habilitación por parte de cada persona en cuanto a lo corporal, lo espacial, lo temporal, lo simbólico, hacia la apertura necesaria y fundamental para vivenciar la experiencia de un encuentro atravesado por el cuidado y el afecto.

En sintonía también toma importancia en las narrativas, la impronta del juicio moral, del ego de quien se presenta como disponible ante un acompañamiento. Aquellos detalles en donde se superponen subjetividades, en donde toma protagonismo el plano mental, las opiniones desde el ego y el prejuicio, el relato personal y comparativo, nubla la posibilidad de presentarse disponible ante la necesidad del otro, desde el sentir, la escucha, la empatía, el compartir genuino y desinteresado. Un participante lo ilustra con claridad al referir la experiencia de descubrirse pensando la respuesta al escuchar, al impulso de emitir un juicio de valor hacia el otro. Reconocernos como organismos vivos capaces de disponibilidad, que contamos con un pulso de atracción y rechazo, colabora a comprender los límites necesarios, las habilitaciones y las asperezas, las posibilidades y las negaciones en juego.

Asimismo, surge la disponibilidad afectiva como la capacidad que tenemos de juntarnos para construir escenarios en donde se aprecie la potencia, aún más que la carencia, de la comunidad y el trabajo colectivo.

La riqueza e impronta de construir conocimiento desde lo vivencial permite que la palabra recorra la emoción y el cuerpo para luego ser compartida. Así, tomamos algunas narrativas que tuvieron lugar al finalizar el taller: “En la disponibilidad afectiva siempre está en juego la otredad. Atravesando subjetividades, sosteniendo deseos y demandas, oficiando de espejo, fusionándose en un nosotros; que nos invita al desafío de detenernos en la pregunta de qué nos pasa, que nos trae, que nos invita a mirar esa otredad”; “Me llevo darme cuenta de la necesidad de una movilización hacia un cambio, hacia estar disponible a recibir afecto”; “Me di cuenta de que habilitando a otros a que me alojen puedo transitar mucho más liviana”; “El contacto afectivo me sana, me contenta”; “Necesitaba un abrazo”; “En esa conexión es importante ser y fluir para poder construirnos”.

El amor como sustrato del cuidar. El cuidado como condición del amor

Si nos pensamos en un trayecto histórico, a varios integrantes del círculo, *amor* nos aparecía como una palabra que remite a la intimidad, que pertenece al ámbito de lo privado y sobre todo una palabra “gastada”, que cuando es usada da lugar a dudar de su autenticidad o que claramente nos evade del territorio de lo colectivo, de lo político.

Yo resoné (...) cuando pude poner la palabra amorosidad y amor, y ahora la traes vos de nuevo. Yo no tenía la palabra pero la sensación de ese armónico adicional que explota, que yo siento; quiero agradecer porque siento que esta bueno para mi animarme a poner la palabra amor en el rezo y agradecerlo. (Registro de taller, 2016.)⁵

5. En el taller al que se hace referencia, realizamos un Rezo de Tabaco, recuperando saberes de muchas tradiciones de los pueblos originarios americanos, que usan el tabaco como planta sagrada maestra que abre la palabra al círculo. Nosotros tomamos el diseño base como lo vienen realizando en *El camino* de los hijos de la tierra en Uruguay y Argentina. La ceremonia consiste en circular una pipa de tabaco, donde el que la sostiene es el que habla y el círculo resuena con cada uno de los que van hablando

Tanto amor como amorosidad fueron palabras que resonaron mucho a lo largo de estos ciclos y cuyo abordaje, por lo tanto, se volvió ineludible. No resultó fácil animarnos a este concepto, observarnos en esta clave y traerla aquí para problematizar acerca de ello.

Los talleres nos permitieron recorrer diferentes abordajes de la vivencia personal y colectiva del cuidado-descuido. Muchos de nosotres relatamos que nos llevaban al amor recibido o brindado y también al que creímos que debimos recibir o dar y en aquel momento no estuvo. El cuidado y la experiencia de amorosidad se fueron uniendo en nosotres y al mismo tiempo sanando esa palabra que aparecía gasta y vacía de sentido al principio. Se fue cargando de gestos, de momentos, de significados y, sin lugar a dudas, de la politicidad de lo común, de lo colectivo, del lugar donde cada uno recobra fuerzas para intervenir en lo cotidiano y, a su vez, en la búsqueda de que esa intervención cotidiana sea de un modo amoroso.

Desde estas afirmaciones compartidas es que comenzamos a visualizar este espacio como productor de amorosidad entre las personas que lo construyen. Empezamos a reconocer que la amorosidad se podía transformar en una actitud de cuidado ante el acontecer del día a día ante las formas del mundo, convirtiéndose entonces en una apuesta política afectiva, apuesta de afectar y dejarse afectar por otros (Lee Teles, 2010). En este sentido, Lee Teles (2010, p. 82) nos propone pensar en la política como aquello que deja de ser un problema exclusivamente institucional, reflexionando que “El cuidado de la existencia no se delega; el amor y la amistad la configuran y la hacen posible. Abre planos de pensamiento-acción que afirman tendencias germinales de nuevas modalidades de relación-producción entre las personas.”

Recuperamos otros registros del taller:

La gran riqueza que encontré en estos espacios fue aprender modos amorosos de comunicar. El tono de la palabra que sale de mi corazón cuando me conecto, me encuentro en mi sentir. La forma de la estructura corporal se transforma cuando abro mi pecho al abrazo cuidadoso del otro (...) Ese otro que ya no es tan lejano porque hoy habita en mí. (Registro de taller, 2017.)

Las rupturas a veces nos duelen, porque nos enfrentan a lo nuevo que da miedo y ansiedad. En este espacio encontré mucho amor para vivenciar la ruptura acompañada y eso no me dio tanto miedo. (Bitácora de participante, 2018.)

Siguiendo con el análisis, podemos rastrear en Boff (2002), que dice

El amor es un fenómeno cósmico y biológico. Al alcanzar el nivel humano, el amor se manifiesta como proyecto de libertad, como una gran fuerza de cohesión, de simpatía y de solidaridad. La gente se une, y recrea por medio del lenguaje de amor, el sentimiento de afecto y de pertenencia a un mismo destino y a un mismo camino histórico.

Sin el cuidado esencial, la unión del amor no tiene lugar, no se conserva, no se extiende, ni permite la comunicación entre los seres. Sin el cuidado no existe un ambiente propicio para el florecimiento de aquello que humaniza verdaderamente: el sentimiento profundo, las ganas de compartir, y la búsqueda del amor. (p. 89)

Esta relación entre cuidado y amor, la fuimos explorando en sucesivos talleres, y haciendo que tome nuevas aristas, y así como se plasma en los relatos de los talleres lo fundante, evocador y necesario de la vivencia amorosa, también aparecen decires que traen su tensión polar:

Hemos aprendido a sentipensar en un contexto dado y en una cultura que nos ha moldeado. Por más amorosos que seamos, vivimos en una sociedad meritocrática y nos han educado para evadir al amor, aun buscando formas amorosas toca la herida de uno y del otro. (Bitácora de taller, 2019.)

desde su corazón y guiados por la intención que convoca al rezo. Se habla en primera persona, desde un sí mismo encarnado, y se escucha del mismo modo.

Reconocemos en este proceso las huellas de la cultura, su encarnadura en las instituciones, el atravesamiento del que cada uno de nosotros es parte para, desde allí, abrazar la potencia de cada sujeto, de las propias posibilidades de expresar y conectar desde el amor, sin derivar en modos aprendidos, en miradas románticas o de sometimiento, que se configuran en trampas que nos llevan a reafirmar la imposibilidad de pensar desde una mirada integrada, holística. En este sentido, nos parece importante recorrer, aunque sea escuetamente, las relaciones entre la constitución del sistema-mundo occidental y el amor.

Hablar de sistema es hablar de un todo integrado, del reconocimiento de cada uno pero desde la potencia de la relación que sale al encuentro consigo y con el otro, sabernos parte, reconocernos pulsando en esa trama vital que se encuentra condicionada por distintos emergentes sociales, culturales, económicos, entre otros para desde allí habilitar, reconocer el amor que nos configura sujetos.

Proponemos entender al amor vinculado a la idea de colaboración (Maturana, 1980; Kropotkin, 1989). En tensión con un sistema hegemónico sostenido en un principio de competitividad (desigualdad), aparece como desafío a construir por un lado, y a visibilizar por otro, un sistema que se funde en el amor, el respeto, la cooperación, la colaboración como parte de un entramado que sostiene la vida. Ética de responsabilidad hacia el otro y hacia la naturaleza en todos los actos de la vida cotidiana. Construir una forma de estar en el mundo sostenido desde la amorosidad, el respeto y la cooperación mutua; posibilitando alojar diferencias y tensiones sin que las mismas se vuelvan excusas para la desigualdad.

Muchas veces, el pensarnos entramados en el amor era sentido como empezar a construir desde lo que no recibimos, hacer lo que no sabemos o para lo que no fuimos educados, para aquello de lo que queremos profundamente pero que muchas veces no sabemos de dónde anclarlo. A su vez, aparece una experiencia, un reconocernos constituidos y contruidos también desde allí.

Pensamos al amor como constitutivo de lo humano, al decir de Maturana (1990, p.134) “lo central en la convivencia humana es el amor”, a pesar de reconocernos también constituidos por una serie de dispositivos que nos formatean para vivir de otra manera, en clave de dominación, de control, de poder.

En la complejidad de la trama, retomamos cuando Boff dice que “para que florezca el amor tiene que haber cuidado” (2012), y en este sentido volvemos a la palabra amor como modo de vinculación eminentemente política. También Ulloa hablaba de la ternura diciendo: “Hablar de la ternura en estos tiempos de ferocidades no es ninguna ingenuidad. Es un concepto profundamente político. Es poner el acento en la necesidad de resistir la barbarización de los lazos sociales que atraviesan nuestros mundos...” (Ulloa en Fernández, 2009, p.9)

¿Qué decimos cuando decimos amor?

Asumimos la tarea de proponernos que el amor y la amorosidad fueran el eje de los talleres que realizamos durante el aislamiento social por la pandemia de COVID-19. Nos resulta necesario destacar que la propia escritura de este texto nos confrontó con el impulso de indagar colectivamente en torno al amor. Así, en plena pandemia, decidimos abrirnos a nuevas discusiones en torno a este concepto. Lo que sigue es producto de esos intentos.

¿Qué estamos haciendo? Plena cuarentena. Estamos desarrollando un taller virtual desde el proyecto de investigación de la Facultad, a pesar de todas las resistencias. Desde hace años elegimos el modo participativo y vivencial para investigar. (...) Así que esta forma virtual nos desafía, proponiendo y proponiéndonos una reinención del encuentro, de los tiempos y de los modos de afectar. Pero lo que a mí me desafía más es que el eje del taller, en el marco de una investigación académica, es el amor. ¿Qué estamos haciendo? ¿Cómo me animo a exponerme en este tema? ¿Cómo transito este miedo? Miedo al amor mismo, miedo al ridículo, miedo a lo que aparezca... miedo potencia con otros que también comparten sus miedos y sus búsquedas. (Bitácora personal de un participante)

Historias desgarradas, historias atesoradas, historias negadas. En un no-espacio virtual, mirándonos a los ojos, indagando sobre la politicidad del amor como fuerza colectiva, matríztica, colaborativa. Trayendo nuestras apuestas y nuestros fracasos. Resuenan las ganas de alejarse del amor romántico, del amor posesivo, del amor que no es amor.

“Yo hace 20 años me hubiera reído de esta propuesta” me escucho decir. Alarde de machito que se escondía en su piel gruesa, piel de elefante. Piel inventada, producida. (Bitácora personal, 2020.)

El amor fue asociado frecuentemente con la palabra respeto, respeto para con los otros fundado en el respeto para con uno mismo, en el reconocimiento de las propias luces y sombras. Quisiéramos recuperar aquí algunas palabras de Aparicio (2020):

El respeto así se vuelve mirada genuina, holística, considerada hacia un otro y hacia sí mismo. Implica reconocimiento desde la integralidad de ese otro, así como el propio reconocimiento. Supone una atención en diálogo entre el sujeto y aquello que lo rodea, en donde, la posibilidad del ejercicio de ese respeto lo reconoce parte de una trama que es cuidadosa en la medida en que es capaz de mirar a cada uno de sus miembros y reconocer en ellos la completud de la vida, que incluye lo humano y lo trasciende todo el tiempo. () El cuidado para que sea cuidado debe ser respetuoso del propio sujeto, del otro y de la reciprocidad entre ambos. (p. 182)

Los talleres fueron una invitación a reconocer la polisemia que aloja el amor, como una práctica concreta, cargada de un sentido vital, cuidadoso, que hace que ese acto se vuelva un acto de amor. El amor aparece referido de muchos modos, con distintas palabras, cargado de un sinnúmero de sentidos; se teje con el relato de las vivencias que traen quienes participan de estos encuentros y que nos permite darnos cuenta que el amor toma distintas formas.

Proponemos a continuación, un posible ordenamiento en torno a algunas dimensiones que buscan recuperar lo que fue apareciendo, sin ánimos de clasificar ni brindar un esquema exhaustivo, sino simplemente una herramienta que permita abrir a la pregunta.

En una clave ética, y en consonancia con lo que ya se planteaba del respeto, aparece la palabra libertad:

una de mis palabras fue *elección*; para mí el amor tiene que ver con *elegir amar y recibir también amor*. Quizás también en este punto lo relaciono a procesos propios en relación a soltar unos vínculos, a no sostener todo. Creo que por ahí va esto de la elección y del amor, y al mismo tiempo también como tercera se me vino *libertad* que es como esa contraparte también de la elección, del elegir. (Participante del taller. El resaltado es nuestro.)

Es recurrente en nuestras investigaciones la referencia sobre la necesidad de que el cuidado y el amor, para ser tales, deben ser elegidos en libertad, lo cual insiste en una característica central que deberían tener las políticas del cuidado. No obstante, sabemos que las elecciones se realizan dentro del marco que cada quien considera como el ámbito de lo posible. Abrir las potencialidades de los modos de cuidar siempre nos da la posibilidad de mayor amplitud y de una reflexión que busca no quedar encorsetados en lógicas mercantilistas y patriarcales, constituyendo un compromiso ético para seguir construyendo.

También en clave de lo que venimos pensando como construcción de la ética del cuidado, encontramos palabras como *honestidad*, *compromiso*, *responsabilidad*, en alusión a esa búsqueda de autenticidad y de claridad siempre para con uno y con un otro ante quien debo responder. Tomando a Dussel (2000), afirma un principio de *responsabilidad* como el imperativo a *responder* ante ese otro que me constituye y devuelve no solo desde la racionalidad, sino desde el deseo y la sensibilidad, el lugar de poder-deber de respuesta.

En el círculo del taller surgían las características de *aceptación* y *comprensión*, donde se remarca que el cuidado y el amor no tienen que ver sólo con lo que hacemos sino que, y retomando a Boff (2012), se definen por una actitud, un modo de pararse frente a la vida y a ese otro.

También fue apareciendo el amor en clave de *aprendizaje*, donde las palabras que más resonaron fueron las de construirse- deconstruirse:

puse estas palabras porque siento que fui socializada, criada y he consumido varias construcciones sociales de amor romántico, que me he descuidado siguiendo esa línea. Entonces, deconstruirme significa repensar, revivir para volver a construirme con la red de afecto que tengo, que fue y es mi sostén. (Participante del taller.)

Esta dimensión resuena con nuestra afirmación de que “a cuidar se aprende”: lo mismo podemos decir para con el amor.

Me parece muy fuerte la tensión entre algo que habitamos en sí mismo y que a la vez se aprende, se desarrolla y se entrena con otros, con más o con menos amor, pero se aprende. El amor no es algo dado, está entre esa tensión: creer que está en la esencia de la vida misma y que a la vez tenemos que aprenderlo. Resonaba con esto de aprendizaje y deconstruir la tensión. (Participante del taller.)

Así también se relacionaron a estos conceptos con los de *expansión* y *profundidad*.

En clave de *cuerpo*, hubo muchas palabras y resonancias que resaltan su importancia como el lugar de la integración, como la posibilidad de completar y dar cohesión a la vivencia disociada de la producción dualista y moderna de un sujeto racional a expensas de sus emociones y sensaciones. Se deja ver al cuerpo como el lugar donde hace sentido la experiencia, donde “pasan por él” las emociones, el amor, los síntomas. Aparece una invitación a la afectación, a dar lugar a que las vivencias acontezcan en toda la persona, a alojar el diálogo con el fenómeno de lo que me rodea:

A veces no le tenés que poner tanta cabeza. Pienso que el amor se siente, por eso puse también cuerpo, creo (...) que es esa expansión que corre por el cuerpo cuando una está bien y siente amor por otro y que el otro me ama, que el cuerpo habla cuando hay una sensación de placer, de cuidado, y también habla cuando no la hay. (Participante al taller.)

Así, en la ronda toma centralidad la importancia de las caricias como ese lugar de contacto y de no posesión, de contacto y afectación en donde el otro se puede retirar en el momento que lo desee (Restrepo, 1997). Los gestos que acompañan la referencia al amor se van completando con la importancia de los abrazos y miradas.

Creo que lo que estoy viviendo en este tiempo me ha mostrado la necesidad del contacto, del sentir el cuerpo a cuerpo, de ese abrazo, de sentir así como con toda la dimensión el abrazo que te acerca de corazón a corazón con tu compañero. Y en ese momento viene mi elección, y me parece que es una palabra poderosa en este tiempo, porque siento eso cuando uno se encuentra, (...) en este tiempo que pudimos volver a circular (...) sentías la inmensidad de ese abrazo y de ese beso que hoy no puede estar siendo. Quería compartir esto del abrazo porque a mí me está conmoviendo mucho, y capaz que en otro momento no lo era o no lo sentía con toda la dimensión que ha tomado. (Participante al taller.)

En este sentido, una clave muy presente en los relatos refiere a la *sensibilidad*, a conectar con el amor desde el poder alojar las emociones, de poder conectar y contactar con ellas. A lo largo del taller se va haciendo alusión al afecto, la necesidad de tratarnos con dulzura, calidez, calma, prestando atención a los detalles:

Cuando fuimos al masaje de pies, siento que trajo otras palabras, diferentes a las que venía pensando. Agradezco la vivencia porque (...) me da otros registros de mirada para con mi propio cuidado. Agradezco también el masaje porque sé que es algo que me hace bien pero que no lo hago frecuentemente. Entonces la primera cosa que se me venía era la sensibilidad, conectar ahí con el sentir, con la

sensación, con la experiencia (...) como posibilidad tanto del amor para conmigo como de brindarme en el amor, la necesidad de estar presente, de habitarme, de estar presente del registro de mi cuerpo y mis emociones. (Participante al taller.)

Por último, recuperamos la reflexión conjunta desde la clave de los *vínculos*, donde el amor aparece como esa trama vital que sostiene la vida, que se materializa entre otras cosas en la red de afectos-co-presencia-presencia-conexión-solidaridad-compañerismo.

Comenzando a alojar la pregunta por los rituales del cuidado

En el proceso de la investigación fue apareciendo en el modo de cuidado, en la forma de cómo hacer los talleres y sobre todo en las estrategias que los participantes traían, gestos, modos, dinámicas creativas, singulares de entender el cuidado de sí, así como la apelación a prácticas y saberes más antiguos, colectivos, tradicionales o ancestrales.

En esta dinámica que nos fue arrojando el campo, empezamos a alojar la pregunta en clave de la preocupación por el cuidado de sí.

Esta dimensión sin dudas nos permite ver en clave biocéntrica, holística, de integración, nos permite volver a lo sagrado como clave de entrada a la alteridad y a las posibilidades de pensar situadamente una ética del cuidado.

Realizamos el conversatorio de 2020 con la intención de comenzar a pensar explícitamente esta dimensión de los rituales, porque nos parece que aporta una arista poco explorada respecto a los modos de pensar el cuidado y los cuerpos en tanto modo de estar-siendo en el mundo.

En los rituales hay un tiempo que se suspende, que cambia, y también esta búsqueda supone pensar esos tiempos que permiten detenerse, dar lugar a la escucha, a simplemente estar. Los rituales dan estabilidad a la vida. Dice Byung-Chul-Hang (2020:45) que “los rituales son en la vida lo que en el espacio son las cosas”.

En este sentido nos interpela, en la trama del cuidado, la posibilidad de ver al ritual como aquello que nos ahorra energía, como ese espacio en que se conserva un modo de hacer que, dentro de las muchas opciones que tenemos frente a cada situación de la vida, nos permite apropiarnos de una sabiduría que trasciende las generaciones y las personas, para llegar al objetivo de un modo simple y directo. No obstante, no sería cualquier ritual, y el reconocer que hay rituales que históricamente han sido vehículo de la dominación y de la opresión muchas veces nos ha llevado a desconocer la dimensión de lo ritual en el estar siendo humano.

En la cultura moderna y de consumo es cada vez más difícil poder sostener el tiempo del ritual. En este sentido, tenemos registros desde los inicios que han sido trabajados en otras dimensiones, pero que a la luz de esta mirada pueden resurgir con importancia. En los talleres aparecen alusiones a los modos de disponer el espacio, al lugar que le damos a ese otro que viene a un espacio vivencial, al lugar que se le da a sus miedos y ansiedades en ese espacio que se propone como un laboratorio de emociones y vivencias que van a producir saberes, conocimientos, sanaciones. Aparecen decires como “los encontré por el olor al sahumado”, “me di cuenta en qué aula era porque estaban todos preparando el espacio”, “llegué y, a mí que me cuesta descalzarme, este piso me invitó a hacerlo sin miedo”.

En las experiencias que muchos de los participantes relatan, en cuanto a los cambios singulares y a cómo estos mueven cosas en las instituciones, aparecen los rituales, siempre en cosas sencillas pero con la potencia necesaria para mover rutinas y modos en los espacios institucionales. Gestos como saludar con un abrazo, mirar a los ojos, disponer el espacio de trabajo adornándolo, repensar los lugares, son parte de esos detalles que se vuelven rituales, vínculos, espacios de otros tiempos, de que emerjan otros relatos, de confianza para recibir otras demandas y dar otras respuestas.

Siguiendo con la tarea de plantear esta pregunta y preocupación respecto a los rituales y el cuidado, podemos ver, por ejemplo, que cuando nos acercamos a nosotros mismos, cuando nos acercamos a otro en clave del cuidado, hay en muchas tradiciones la necesidad de gestos y rituales que den señales de un modo de acercamiento, de un tiempo para la relación de proximidad, de cercanía e intimidad.

Podemos pensar el gesto de descalzarnos, ya que en muchos lugares sagrados se invita a esto, y así también en casi la totalidad de los talleres que realizamos siempre hacemos la invitación, lo que nos permite ver algunos efectos de este simple gesto, así como las resistencias que muchas veces genera. Cuando nos acercamos a un lugar descalzos, esto se vuelve una invitación a caminar más lento, a ser más cautos, nos da otro registro propio y del lugar en que estamos. Sabemos que en procesos de cuidar, como al dejarnos cuidar, este espacio-tiempo de aproximación es muy valioso, es poder dar cuenta de que me puedo abrir, de que puedo confiar y que del otro lado de la relación está un otro, una trama que me sostiene y que me recibe en mi dejarme cuidar. En este sentido, ya el solo rito del descalzarme como ese momento de reconocimiento de un territorio sagrado es un portal que abre a una dimensión holística que no será fácil desandar. Cuando vislumbramos la sacralidad del otro y nuestra propia sacralidad, se vuelve un imperativo ético, un modo de mirar, un modo de cuidar.

También es una invitación a abandonar las certezas, a dejarme sorprender por la sensibilidad del territorio en que estoy, a registrar la temperatura, las texturas, los obstáculos que se magnifican. Poder vislumbrar un territorio es importante, pero sin dudas, no es lo mismo que recorrerlo. Ahí está un desafío aún mayor, y que nos lleva a la pregunta y a la creatividad del cómo cuidar, desde donde. Por otra parte, descalzarme también es un gesto que dice que no voy a irme deprisa de ese lugar, que decido no salir huyendo, sino que cuando me vaya, me tendré que tomar el tiempo para esa retirada. Poder alejarme con el mismo respeto con el que llegamos, es muy importante, y es saber hasta cuando, es saberse importante pero no imprescindible, es tener la mayor claridad posible para dar lugar a la autonomía en el otro.

Cuando a esto lo miramos desde el dejarnos cuidar, es la posibilidad de poder asumir lo propio, de darnos el tiempo para agradecer y de cerrar los encuentros y las experiencias de vida como condición de poder seguir abriendo

En este sentido, remarcamos todo lo que se abre respecto a los rituales, a los gestos y a las posibilidades de visibilizar desde las pequeñas acciones que nos marcan un modo de ser y estar siendo en el cuidado y la potencia de transformación que estos tienen en cuanto al modo singular de habitar las instituciones, al tiempo que transforman a las mismas instituciones. Consideramos que aquí hay un espacio teórico y político que necesita seguir siendo desarrollado, investigado y construido como herramienta al momento de pensar las políticas institucionales respecto al cuidado de si y de otros.

El equipo como red de cuidado

En el devenir grupalidad, reconocemos en el equipo una red de sostén como trama de acompañamiento, de apoyo, de reciprocidad, de cobijo. Una de las cosas que recuperamos es la importancia de la disponibilidad de cada una de las personas que integran el equipo:

Siento que estamos en una trama enlazada de sostén, siempre estamos pendientes de cómo está el otro, de qué necesita, siempre uno puede saber que si un día uno no está disponible, tiene lugar a saber que el resto va a sostener y a darse ese tiempo, ese momento. Es un espacio que aloja los procesos de cada uno, y me parece importante eso. (Bitácora colectiva, 10 de febrero 2021.)

En esta red de sostén, uno de los gestos que fue consolidando esta trama de cuidado fue la tradición de iniciar cada encuentro con una ronda de “traernos”⁶, de sabernos, contarnos en qué andamos, qué necesitamos. Un espacio que habilita, y que elegimos habitar: “Sabernos, que este sea un espacio real,

6. Con la expresión “traernos”, recuperamos un modo de nombrar una acción que implica poder estar presentes, decirnos y compartirnos en cómo estamos, también reconociendo que muchas veces habitamos escindidos los espacios. Traernos al aquí y ahora.

en donde poder estar, habitarlo y contar con el espacio, para querernos, para aprender, para generar conocimiento, para conocer” (Bitácora colectiva, 10 de febrero 2021).

En este sentido, en contexto de pandemia, este hábito hizo de nuestros encuentros, incluso en la virtualidad, un momento esperado en la semana:

Cuando habito otros espacios donde es notable que no está la práctica del cuidado como nosotros la conocemos y la practicamos, me descoloca porque entonces ahí puedo ver por qué estamos haciendo esto. Lo puedo ver... en la pandemia, cuando arrancamos, cuando retomamos (...) Que era como que todos se habían aislado y nadie sabía del otro. De repente, todos nos habíamos tomado el tiempo de confinamiento, pero nos habíamos empezado a desvincular. Como que el aislamiento estaba siendo efectivo. Y este espacio me trajo, bueno ¿cómo andamos? ¿Qué necesitamos? ¿Qué podemos hacer? Y eso me dio el impulso de llevarlo a otros lados. (Bitácora colectiva, 10 de febrero 2021.)

Una de las expresiones que siempre aparecen en el espacio del equipo es que cada uno va llegando cómo y cuándo va pudiendo. En este espacio siempre podemos estar de cualquier modo, del modo en el que estamos, y eso es un potenciador de cuidado que se ha ido construyendo colectivamente. De este modo, el equipo se ha tornado círculo de confianza, trama que habilita y sostiene en lo cotidiano de cada quien, que no juzga, que respeta, que acompaña, que escucha, que está disponible, incluso ante nuestras propias transformaciones.

El borramiento de lo institucional

La dimensión de lo institucional ha sido uno de los ejes en los cuales decidimos poner foco en este proyecto. Si bien nuestra decisión inicial tuvo que ver con indagar esas tramas al interior del Copnaf, no planteamos la realización de los talleres de modo excluyente.

En el devenir del proceso investigativo, también nos resultó de gran relevancia poner la mirada en la institucionalidad de la facultad, que nos alojó y nos aloja como proyecto de investigación y, por lo tanto, de la universidad como institución.

Al respecto reconocemos que, en términos generales, las asociaciones de muchos de los integrantes del equipo en relación a la investigación como tarea, y a las lógicas de la universidad como institución, han estado ligadas más al descuido que al cuidado. Se reconoce una carga negativa en muchas de las experiencias vinculadas al tránsito por la academia, la cual es reconocida como un espacio transitado con pesar, donde la moneda corriente son las escisiones, las dicotomías, donde la racionalidad es la lógica imperante, dejando de lado la posibilidad de la emocionalidad, del sentir, de construir saberes-otros.

Incluso la hipótesis inicial que dio lugar a comenzar a investigar en relación al cuidado tenía que ver con el reconocimiento del descuido, o las dificultades para sostener el cuidado, en instituciones que tienen en su objeto al cuidado de otros, como el Copnaf o la facultad misma. Sin embargo, esto pareciera no ser objeto de preocupación en el cotidiano de las mismas, siendo los modos cuidadosos y el pensamiento en torno a los mismos la excepción a la regla, paradójicamente, generando así una inversión de los órdenes. Nos preguntamos, entonces, ¿por qué naturalizamos el descuido y no el cuidado en las instituciones?

las instituciones (...) que tienen toda una tarea en relación al trabajo, a la política pública, al reconocimiento de derechos y todo eso, el cuidado parece ser una excepción. Digo cómo se han invertido los órdenes. Como el cuidado en realidad debería ser parte de la tarea de las instituciones, sobre todo de instituciones que se ocupan del cuidado del otro. Hay ahí un orden que está invertido. Y justamente aparece como una excepción que hasta parece ser como en el origen de lo organizacional se trastoca el orden de las cosas. Y cuando aparece el cuidado aparece como que ¡ohhh! la institución puede pensar algo del cuidado. Pero en realidad no nos horroriza tanto pensar el descuido. Digo desde lo organizacional, como que hay algo del orden del descuido que es parte de la institución y cuando aparece el cuidado nos parece que es algo sorprendente. No se si termina de entenderse la idea. Pero por qué en

una organización debería haber descuido, sería la pregunta, en vez de por qué hay cuidado. (...) ¿por qué naturalizamos el descuido y no el cuidado? (Bitácora colectiva, 10 de febrero 2021.)

Esto no ha sido impedimento para que, como veníamos relatando anteriormente, persistamos en la búsqueda de otros transitares, de otros modos de relación, de otros vínculos, de otra institución posible. Tanto así que, para muchas personas, el espacio del equipo de investigación viene siendo un lugar de extrañamiento en relación a los modos tradicionales de transitar la universidad como institución, incluso reconociendo este espacio como un espacio donde se conjugan las responsabilidades con un disfrute cuidadoso.

...todo es liviano acá, mucho disfrute, y siempre tengo ganas. Para mí es muy linda esa sensación. Y en un lugar donde siempre la emoción me atraviesa, también habla de que acá quiero estar. Estoy muy agradecida. Gracias. (Bitácora colectiva 10 de febrero 2021)

Esto se expresa mediante la atención puesta en no devenir en mero hacer, en conjugar las tareas con el deseo, en asumir las responsabilidades con fluidez, con liviandad, en dar lugar a la emocionalidad, en habilitar la escucha de nuestros cuerpos y de los de los otros:

(...) para mí fue encontrarme con un disfrute, lo voy a decir groseramente, no maníaco. Yo disfruto bastante de la facultad en general... pero rápidamente me escapaba por una desregulación que yo lo llamo manía, esa cosa eufórica donde yo me pierdo, donde yo no tengo registro de mí, donde no tengo registro del otro, donde es puro hacer, puro para afuera. En ese momento, si, yo siento que exploto de adrenalina, es una sensación agradable, pero el porrazo que yo me pego después de que salgo de esas situaciones es importante, no tiene nada que ver con lo que yo estoy buscando en mi vida ahora: que el disfrute sea cuidadoso, que sea cuidado. (Bitácora colectiva, 10 de febrero 2021.)

Esto nos ubica frente a un desafío que el tránsito por este espacio torna ineludible, que es el de reinventar la universidad, apelando a la construcción de una institución menos competitiva, más colaborativa, que contenga las heterogeneidades de quienes la transitan, donde podamos aprender nuevos modos, instituyentes, cuidadosos, de ser-estar en el mundo y en las instituciones. Modos que desconocemos, que necesitamos ir explorando, aprendiendo, dando lugar, intencionando, experimentando.

Entonces creo que es una institución que hay que inventarla de nuevo, quizás probablemente haya que abandonarla en algún momento, pero no abandonarla por la nada misma sino por otra mejor. En ese sentido yo traigo lo institucional como instituyente, como algo que se está armando. (...) la hegemonía homogénea, la hegemonía propone dominio. Yo creo que la institución que estamos proponiendo nosotros es colaborativa y no hegemónica. No busca ninguna hegemonía. (Bitácora colectiva 10 de febrero 2021)

En ese sentido, hay movimientos que no pueden realizarse si las instituciones no tienen aunque sea un mínimo margen de permeabilidad que les dé lugar, que los habilite. Que las transformaciones sean alojadas es de fundamental importancia para que puedan florecer estos nuevos modos. En este sentido, si bien reconocemos que tampoco es suficiente este “dejar hacer”, sin que el cuidado sea abordado específicamente a partir de una decisión, como política institucional, es importante reconocer que, desde nuestra experiencia subjetiva, en nuestro tránsito por este espacio, la Facultad nos permitió siempre tener la libertad como para tomar las decisiones que nos parecieran necesarias para optar por modos cuidadosos.

para que uno pueda ir siendo, aprendiendo a cuidar cuidándose en las instituciones, las instituciones tienen que poder alojar esa posibilidad de transformación en movimiento..(Bitácora colectiva 10 de febrero 2021)

La tensión entre diferente-idéntico

En este caminar, nos reconocemos en nuestras propias subjetividades y rescatamos la potencia de cada singularidad, pero también alimentamos la identidad del colectivo que supone la grupalidad, como algo en permanente transformación, que toma forma a partir del respeto, la amorosidad, la colaboración. De esta manera, la experiencia de la grupalidad en el equipo remite a lo colectivo desde una experiencia no homogeneizante ni de borrado de las singularidades.

Conclusiones

Al cerrar provisoriamente este proyecto, nos encontramos con todo el camino recorrido en este tiempo, con los aciertos, imprevistos y posibilidades que nos brindó el poder desarrollar la propuesta de investigación. Camino que nos lleva a encontrar que muchas de las condiciones que nos incitaron a investigar la temática siguen siendo debates y necesidades presentes, al tiempo que poder ver y sentirnos parte de que lo que hace relativamente poco tiempo eran vacancias y hoy son territorios que comienzan a ser habitados, de encontrarnos en una pluralidad de enfoques y propuestas que abordan la preocupación por el cuidado y también por el Cuidado de Sí.

Damos cuenta de la necesidad de pensar el cuidado como política, entendiendo que muchas veces, en nombre de políticas (recortes-focalizaciones) de cuidado, se sigue produciendo mucho descuido de quienes cuidan, que recorre las tramas institucionales. En este sentido, también es una afirmación que sostenemos desde el equipo el reconocer que, si intento cuidar a costa del propio descuido, lo que hago es siempre otra cosa: atender, controlar, auxiliar, pero la dimensión de integralidad que supone el cuidado se encontraría socavada ya desde ese presupuesto.

Por otra parte, encontramos cómo desde lo biocéntrico, lo vivencial, lo micropolítico, aparecen grietas y fisuras para habitar otros modos de transitar las instituciones. Se revela una trama más amplia, más compleja, más trascendente, que permite ir creando nuevas formas, resistiendo a las formas competitivas, capitalistas, que nos proponen que el cuidado es una mercancía o que siempre se resuelve en una relación término a término.

Las instituciones con las que trabajamos nos fueron permitiendo indagar y encontrar distintos modos de habitar y alojar la tensión cuidado-descuido. En el Copnaf, hubo una tensión entre las decisiones centrales de alojar una política de cuidado con sus agentes que colisionaba a veces con condiciones de trabajo muy duras, con registros personales de contradicción, a la vez que también devolvía la potencia del reencuentro consigo mismo, con las potencias de hacer juntas. La facultad, por otro lado, nos ha dejado hacer, nos ha alojado en nuestras formas. Una potencia en la diferencia, en modos que a veces desconciertan o que establecen tensiones con otros modos. Investigar desde una perspectiva vivencial y biocéntrica, deseante y vital nos requiere de una atención permanente y peculiar, y de una nueva rigurosidad académica que ponga en valor los conocimientos producidos y compartidos.

En este sentido, exploramos las lógicas del don, del encuentro, del sostén en gratuidad, donde el campo nos fue devolviendo fenómenos, categorías, intuiciones que recuperamos en el informe. Nos permitimos explorar las resistencias que nos provoca el cuidarnos, el habitar espacios de cuidado, así como la amorosidad-amor como condición y modo de un estar siendo cuidadosos desde una condición que permite alojar-alojarnos y dejarme alojar desde lo que llamamos disponibilidad afectiva.

El proceso nos permitió abrir preguntas y nuevos desafíos respecto a explorar en el próximo proyecto los gestos y rituales que acompañan al cuidado, brindándonos la posibilidad de comenzar nuevos caminos, habiendo visto ya la potencia que encierran estos conceptos como clave para la indagación.

Bibliografía

- ANGELINO, A. (2014). *Mujeres intensamente habitadas. Ética del cuidado y la discapacidad*. Editorial Fundación La Hendija.
- ANGELINO, A. y ROSATO, A. (2009). *Discapacidad e ideología de la normalidad*. Editorial Noveduc.
- AGUILAR, M. A. y SOTO VILLAGRAN, P. (Coords.) (2013). *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las Ciencias Sociales*. Miguel Ángel Porrúa Editor.
- BARRETO, A. (2013). *Terapia comunitaria integrativa paso a paso*. Gráfica LCR.
- BATTHYÁNY, K. (2015). *Las políticas y el cuidado en América Latina. Una mirada a las experiencias regionales*. Cepal.
- BLANCO, M. (may-ago de 2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Revista de Investigación Social Andamios*, 9(19), 49-74. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62824428004>
- BOAVIDA, A. M. y PONTEJ, P. (2011). Investigación colaborativa: Potencialidades y problemas. *Revista Educación y Pedagogía*, 23(59), 125-135.
- BOFF, L. (2002). *El cuidado esencial: Ética de lo humano compasión por la tierra*. Editorial Trotta.
- CAMELS, D. (2001). *Cuerpo y saber*. Ediciones Novedades Educativas.
- DE la ALDEA, E. (19 de febrero de 2015). *La subjetividad heroica. Un obstáculo en las prácticas comunitarias de la salud*. La Casona de los Barriletes. <https://lacasona.org.ar/la-subjetividad-heroica/>
- DENZIN, N. K. (2013). Autoetnografía analítica o nuevo deja vú. *Revista Astrolabio*, (11). <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/6310>
- DENZIN, N. K. y LINCOLN, Y. S. (2012). *Manual de investigación cualitativa. Volumen II: Paradigmas y perspectivas en disputa*. Gedisa.
- DE SENA, A. y SCRIBANO, A. (2015). Algunas reflexiones desde la autoetnografía como estrategia de investigación. En A. De Sena, *Caminos cualitativos. Aportes para la investigación social*. Imagomundi.
- Dilthey, W (1883) *Introducción a las ciencias del espíritu*, Fondo de Cultura Económica. Mexico-Buenos Aires.
- ESCARDÓ, V. (2016). *Cuidado de cuidadores. Dispositivos grupales y técnicas de intervención*. Noveduc Editorial.
- FAUR, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI: Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Siglo XXI Editores.
- FELIU, J. y LAJEUNESSE, S. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital*, (12), 262-271. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v0n12.447>
- FERNANDEZ, A. M. (2009). *Las lógicas sexuales: amor, política y violencias*. Ediciones Nueva Visión.
- FIGARI, C. y SCRIBANO, A. (Comps.) (2009). *Cuerpo(s), subjetividades(s) y conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde América Latina*. Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad - CICCUS.
- FISHER y TRONTO (1990). «Toward a Feminist Theory of Caring», pp. 35-61, en Emily Abel y Margaret Nelson *Circles of Care*. Nueva York: University of New York Press.
- FOUCAULT, M. (1984). La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad. *Concordia*, (6), 96-116. (Recuperado de https://www.topologik.net/michel_foucault.htm)
- FOUCAULT, M. (1995). El sujeto y el poder. En O. Terán (Comp.), *Discurso, poder y subjetividad* (pp. 165-189). El cielo por asalto.
- FOUCAULT, M. (2001). *La hermenéutica del sujeto*. (Trad. Horacio Pons, Ed. Frédéric Gros, Dir. Francois Ewald y Alessandro Fontana). FCE. (Curso en el Collège de France, 1981-1982).
- FOUCAULT, M. (1999). Las técnicas de sí. En A. Gabilondo (Ed.), *Obras Esenciales, Tomo III*. Editorial Paidós.
- FOUCAULT, M. (1987). *Historia de la sexualidad: la inquietud de sí*. Siglo XXI.

- FOLEY, D. y VALENZUELA, A. (2012). Etnografía crítica. La política de la colaboración, En N. Denzin e Y. Lincoln (Comps.), *Manual de Investigación cualitativa. Volumen II. Paradigmas y Perspectivas en disputa*. Gedisa Editorial.
- GARCÉS GIRALDO, L. F. y GIRALDO ZULUAGA, C. (2013). El cuidado de sí y de los otros en Foucault, principio orientador para la construcción de una bioética del cuidado. *Discusiones filosóficas*, 14(22), 187-201.
- GATTINO, S. (2014). *Experiencias de cuidado hechas cuerpo/s al cuidar de sí, de los otros y del ambiente. Estudios de casos múltiples*. SeCyT-UNC. <http://entretemas.com.ar/experiencias-de-cuidado-hechas-cuerpos-al-cuidar-de-si-de-los-otros-y-del-ambiente-estudios-de-casos-multiples-cordoba-2014-15/>
- GATTINO, S., GUEVARA, E., ISOGLIO, R., LANZA CASTELLI, G., LUNGO, T. y PERTICARARI, M. (2011). ¿Qué significa cuidar? Reflexiones en torno a los adolescentes de diversos trabajos de campo. Actores, discursos, sentidos y voces. *Cuadernos de Trabajo Serie Investigación N° 2*, Universidad Nacional de Córdoba.
- GERDA, A. (1979). *La Eutonía. Un camino hacia la experiencia total del cuerpo*. Paidós.
- GHISIO, P. (2003). *El síndrome de burnout en los trabajadores de la salud del Hospital Local Enrique Marengo, del Centro de Salud Nro. 10 y del Servicio de Psicopatología del Hospital General Diego Thompson del Partido de Gral. San Martín de la provincia de Buenos Aires* [Tesis de maestría no publicada]. Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos.
- GILLIGAN, C. (1993). *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Harvard University Press.
- GÓIS, C. W. L. (2002). Biodanza, identidad e vivencia. Editorial Instituto Paulo Freire do Ceará.
- GUIRAO-GORIS, J. A. (2003). La agencia de autocuidados. Una perspectiva desde la complejidad. *Educare21*. <http://dx.doi.org/10.13140/2.1.2936.2889>
- HARAWAY, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.
- HERMIDA, M. E. (2017). Contribuciones desde una epistemología plebeya al Trabajo Social frente a la restauración neoliberal. *RevIISE - Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 9(9), 127-145. <http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/reviise/article/view/132>
- KROPOTKIN, P. (1989). *El apoyo mutuo: Un factor en la evolución*. Nossa y Jara Editores.
- KUSCH, R. (2007). *Obras completas*. Ed. Fund. A. Ross.
- LE BRETON, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión.
- LEYVA, X. y SPEED, S. (2008). Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor, En X. Leyva, A. Burguete y S. Speed (Coords.). *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. CIESAS, FLACSO Ecuador y FLACSO Guatemala.
- MATURANA, R. H. y VERDEN-ZOLLER, G. (2003). *Amor y juego, fundamentos olvidados de lo humano. Desde el Patriarcado a la Democracia*. J.C. Sáez Editor.
- MATURANA, R., H. (1997). La Objetividad, un argumento para obligar. Dolmen/Granica.
- MILLETT, K. (1995). *Política Sexual*. Ediciones Cátedra Universitat Valencia. (Recuperado de Mujeres en Red. El periódico feminista: <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article2061>)
- MILLSTEIN, D. y MENDEZ, H. (2013). Cuerpo y escuela. Dimensiones de la política. *Revista Iberoamericana de Educación*, (62).
- MORA, A. S. y MERLOS, L. B. (2014). *Circulaciones: Cuerpos, espacios y textos*. Ediciones Ecart.
- MORIN, E. (2005). *Introducción al Pensamiento Complejo*. Editorial Gedisa.
- MUÑOZ FRANCO, N. E. (2009). Reflexiones sobre el cuidado de sí como categoría de análisis en salud. *Salud colectiva*, 5(3), 391-401.
- NAJMANOVICH, D. [Denise Najmanovich] (27 de diciembre de 2019). *Ciudadanía: Ecología de los saberes y cuidados* [Video]. YouTube. <https://youtu.be/u9YSSmGTmEQ>
- ONOCKO CAMPOS, R. (2004). Humano demasiado humano: un abordaje del malestar en la institución hospitalaria. *Salud Colectiva*, 103-120.

- RAMÍREZ, R. (2019). La vida y el tiempo. Apuntes para una teoría ucrónica de la vida buena a partir de la historia reciente del Ecuador [Tesis de doctorado, Facultad de Economía de la Universidad de Coimbra]. ResearchGate. <http://dx.doi.org/10.13140/RG.2.2.19856.35847>
- RESTREPO, L. C. (1997). *El derecho a la ternura*. Península.
- SÁNCHEZ CASTRO, L. C. (2009). La relación entre el “conocimiento de sí” y el “cuidado de sí” en el Alcibiades de Platón. *Revista Literatura: Teoría, Historia y Crítica*, (11).
- SCRIBANO, A. y DE SENA, A. (2009). Construcción de conocimiento en Latinoamérica: Algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación. *Revista Cinta de Moebio*, (34), 1-15. www.moebio.uchile.cl/34/scribano.html
- SKLIAR, C. (2017). *Pedagogía de las diferencias*. Noveduc.
- SOSSA ROJAS, A. (2010). Michael Foucault y el cuidado de sí. *CONHISREMI, Revista Universitaria Arbitrada de Investigación y Diálogo Académico*, 6(2).
- SOUZA SANTOS, B. (2009). Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes. Muela del Diablo Editores.
- SOUZA SANTOS, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Edic. Trilce.
- SOUZA SANTOS, B. (2011). *Formas Otras, saber, nombrar, narrar, hacer*. CIDOB ediciones.
- SOUZA SANTOS, B. (2018). *Construyendo las epistemologías del sur. Para un pensamiento alternativo de las alternativas. Vol I y II*. CLACSO. http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D13987.dir/Antologia_Boaventura_Vol2.pdf
- SOUZA SANTOS, B. (2018). *La oficina do sociologo artesao*. Ed. Cortes.
- SPANGENBERG, A. (2013). *Terapia Gestalt, un camino de vuelta a casa*. Purificación Memoria Viva.
- TEJEDA DE RIVERO, D. (2003). Alma-Ata: A 25 años después. *Revista Perspectivas de Salud*, 8(1).
- TELES A. L. 2002, Una filosofía del porvenir, Ontología del devenir, ética y política, Grupo Editor Altamira, Buenos Aires, 2002.
- TORO, A. R. (2003). *Principio Biocéntrico*. Módulos del Curso de Formación Docente en Biodanza. Chile.
- TRONTO, J. (2004). *Cuando la ciudadanía se cuida: Una paradoja neoliberal del bienestar y la desigualdad* [Ponencia]. Congreso Internacional SARE 2004.
- TRONTO, J. (2013). *Caring Democracy Markets, Equality and Justice*. NYU Press.
- TRONTO, J. (2017). There is an alternative hominescurans and the limits of neoliberalism. *International Journal of Care and Caring*, 1(1), 27-43. <https://doi.org/10.1332/239788217X14866281687583>
- TULIO BASTIDA, F. y EMERSON, E. M. (2011). El reconocimiento de la producción subjetiva del cuidado. *Salud Colectiva*, (7), 9-20.

Indicadores de producción

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN REVISTAS DE DIFUSIÓN CIENTÍFICA

“Intervenciones Subjetivantes en el sistema de protección de niñez”. Libro digital

“Subjetividades y derechos en las infancias y adolescencias hoy”- Forum infancias Red Federal. Noviembre de 2020. Córdoba.

“Intervenciones Subjetivantes en el sistema de protección de niñez”, Revista Barriletes N° 225- Junio de 2020.

IMPACTO DE TRANSFERENCIA

Primeras Jornadas Interdisciplinarias del Hospital Geriátrico Pascual Palma de Paraná

Tuvimos participación como disertantes en las Primeras Jornadas Interdisciplinarias del Hospital Geriátrico Pascual Palma de Paraná, donde abordamos como equipo en uno de los paneles centrales la temática “El cuidado de quienes cuidan”.

Talleres con Copnaf

Hemos realizado talleres mensuales a lo largo de todo el período posterior a la presentación del proyecto de investigación, previo a su aprobación inclusive, trabajo que se encuentra ampliamente detallado en el presente informe

Talleres realizados en la localidad de Ramírez

En la ciudad de Ramírez - Entre Ríos, participamos de un módulo en una formación en relación al cuidado que tuvo lugar a partir de un convenio firmado entre la Municipalidad de Ramírez y la Facultad de Trabajo Social de la UNER. El objetivo del mismo era abordar cuestiones vinculadas al cuidado, enfocado principalmente en cuidado de niños y niñas, con personas de la localidad que estuviesen interesadas, planteado en distintos bloques que trabajaran el tema desde diferentes aristas. En el ciclo planteado del curso, trabajamos el último bloque, mediante la realización de dos encuentros en los que el foco estuvo puesto en el cuidado de quienes cuidan.

Laicrimpo

Sostuvimos desde el Equipo, un espacio de taller y circulación de Saberes en el XXXVIII Encuentro Nacional de Salud Popular Laicrimpo: “Somos vida, abrazamos mundos”, que tuvo sede en la localidad de Paraná, así como también en el XXIX Encuentro, denominado “Somos Pueblo Ancestral, Somos Unx con la Pachamama”, con sede en Santiago del Estero.

UPCN

Comenzamos en el mes de marzo 2020, con una serie de encuentros talleres, en el marco de espacios de formación que este gremio brinda a personas que trabajan en cuidados de personas.

Iniciamos los talleres en la formación en “Cuidados Paliativos y de ancianos” y en “Cuidados de niños y personas con discapacidad”. Los mismos contaron con alrededor de 130 personas.

Este ciclo queda con 2 encuentros pendientes dadas las condiciones de suspensión por el Covid-19.

-Especialización en Políticas Públicas de Niñez, Adolescencia y Familia

Para abril 2020 estaba previsto que, conjuntamente con otro equipo de investigación de la Facultad de Trabajo Social, asumiéramos el dictado de un seminario que abordara el cuidado en la Especialización en Políticas Públicas de Niñez, Adolescencia y Familia de la FTS-UNER. El mismo se realizó los días viernes y sábado 14 y 15 de agosto de modo virtual.

En octubre de 2019 llevamos adelante un Conversatorio que convocó en una primera instancia a equipos de investigación en relación al cuidado, y en una segunda instancia, a personas que estuviesen interesadas en general en temáticas vinculadas al cuidado. En la misma participaron como invitadas Silvia Gattino y Vita Escardó. El mismo fue ampliamente concurrido por personas provenientes de distintos ámbitos. Dichas actividades se encuentran detalladas en el cuerpo del presente informe.

En octubre 2020 realizamos el Conversatorio virtual Gestos y Tramas del cuidado. Con la participación de la DRa Elena de la ALdea y la MG Vivian Camacho

Participación en las Jornadas “Cuidado y Envejecimiento”, organizadas por el Proyecto de Investigación y Extensión “llegar a Viejo”, conjuntamente con el Departamento Adultos Mayores de la UADER.

CONVENIOS

COPNAF. El convenio de Colaboración en el que se encuadró la propuesta de trabajo con el COPNAF, firmado entre la Facultad de Trabajo Social y dicho organismo en febrero de 2017, fue adjunto al momento de presentación de la propuesta del PID, y sigue vigente en la actualidad. El mismo establece el desarrollo de planes o actividades de cooperación, asistencia técnica o intercambio de

experiencias, de acuerdo a mutuas necesidades e intereses; así como también la organización de cursos, seminarios, jornadas, charlas, conferencias, y toda otra actividad académica, técnico científica o de extensión que contribuya a la satisfacción del mutuo interés, tal como está establecido en los artículos 1 y 2. En el convenio mencionado es que se encuadra la carta de intención presentada por el organismo a la facultad, donde se manifiesta el propósito de promover actividades vinculadas al “cuidado de los que cuidan” con este equipo de investigación, presentada en marzo de 2018.

UPCN

Secretaría de Modernización. Está para la firma el convenio marco que habilitaría la realización de un curso de formación a trabajadores de la administración pública del Gobierno de Entre Ríos en el marco de las intervenciones que realiza la secretaria de Modernización del Estado IRICE (Instituto Rosario de investigaciones en Ciencias de la Educación - Conicet UNR CONICET).

Nos encontramos prontos a la firma de convenios con el equipo de la Dra. Claudia Perlo, donde estarían incluidas la UNC con el equipo de investigación dirigido por Mg. Silvia Gattino y la UADER con el equipo de la Dra. Leticia Costa, con la finalidad de comenzar a consolidar una red de equipos de investigación y de generar un encuadre que nos posibilite realizar encuentros periódicos de formación, entre otras actividades planificadas de manera conjunta, como Jornadas, Talleres, Encuentros, etc.

CURSOS DICTADOS COMO CONSECUENCIA DE LA INVESTIGACIÓN REALIZADA

2019

Jornadas “Cuidado y Envejecimiento”, Participamos de las mismas, organizadas por el Proyecto de Investigación y Extensión “Llegar a Viejo”, conjuntamente con el Departamento Adultos Mayores de la UADER. Sala Manuel Antequeda, Av. Alameda de la Federación 557, Paraná.

2020

Especialización en Políticas Públicas de Niñez, Adolescencia y Familia, previsto para abril 2020 que, conjuntamente con otro equipo de investigación de la Facultad de Trabajo Social, asumieramos el dictado de un seminario que abordara el cuidado en la Especialización en Políticas Públicas de Niñez, Adolescencia y Familia de la FTS-UNER. El mismo actualmente se encuentra en suspenso por las condiciones generales respecto al Covid-19 que estamos atravesando

UPCN

Comenzamos en el mes de marzo 2020, con una serie de encuentros talleres, en el marco de espacios de formación que este gremio brinda a personas que trabajan en cuidados de personas.

Iniciamos los talleres en la formación en “Cuidados Paliativos y de ancianos” y en “Cuidados de niños y personas con discapacidad”. Los mismos contaron con alrededor de 130 personas.

Este ciclo queda con 2 encuentros pendientes dadas las condiciones de suspensión por el Covid-19.

TÍTULO DE POSGRADO OBTENIDO

Mg. Vanesa Aparicio- Magister en Salud Mental 30/04/2021

Mg. Delsart María Eugenia- Magister en Salud Mental 16/04/2021

Esteban Kipen Especialista en Epsitemologías del Sur 11/11/2020

PID 5126

Denominación del Proyecto

Recorriendo las tramas institucionales del cuidado: investigación colaborativa en torno al cuerpo y el cuidado

Director

Esteban Kipen

Codirector

Marmet Marcelo Leonardo

Unidad de Ejecución

Universidad Nacional de Entre Ríos

Dependencia

Facultad de Trabajo Social

Cátedra/s, área o disciplina científica

Ciencias Sociales (Cátedras de referencia: Salud Pública - Metodología del Aprendizaje)

Instituciones intervinientes públicas o privadas. Convenios o acuerdos

Consejo Provincial del niño, el adolescente y la familia de la provincia de Entre Ríos (CoPNAF)

Contacto

esteban.kipen@uner.edu.ar y/o marcelo.marmet@uner.edu.ar

Integrantes del proyecto

Integrantes docentes: Delsart, María Eugenia.

Colaboradores externos: Aparicio, Vanesa del Carmen C.; Saín, María Elena; Suárez, María; Florenza, Alejandra; Benítez, Marina Becaria; Nuñez Leila

Fechas de iniciación y de finalización efectivas

02/10/2018 y 24/08/2021

APROBACIÓN DE INFORME FINAL por Resolución C.S. N°193/22 (28/06/2022)